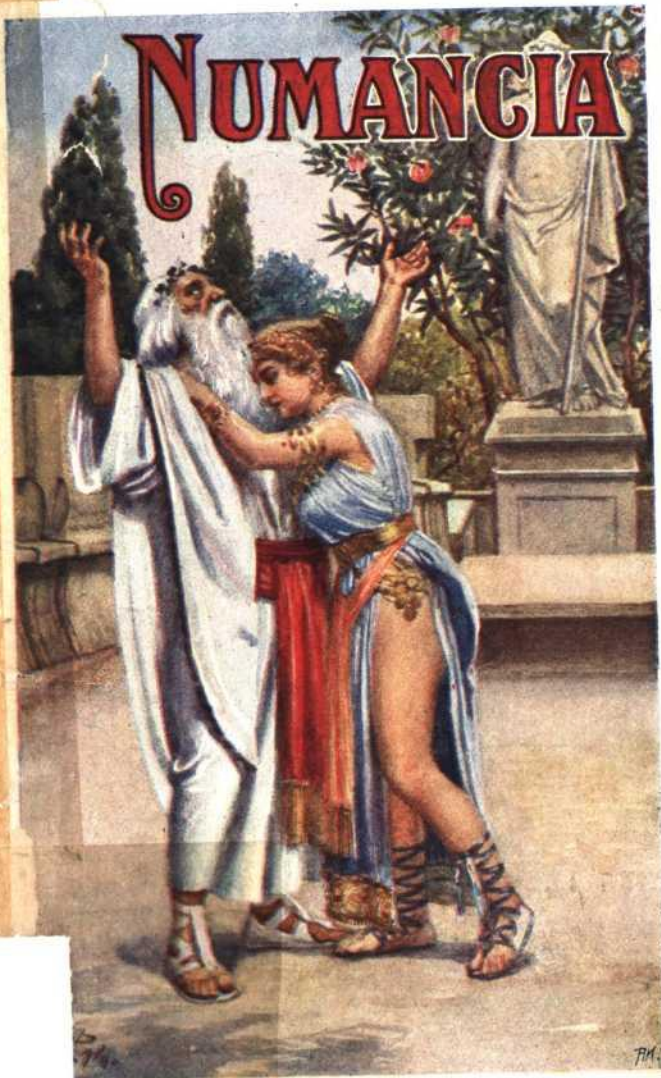


Soria



amón Sopena, editor, Provenza, 93 a 97.—Barcelona

8
7
6
5
4
3
2
1
19
18
17
16
15
14
13
12
11
10
9
8
7
6
5
4
3
2
1
Inches
Centimetres

TIFFEN Color Control Patches © The Tiffen Company, 2007

Black
3/Color
White
Magenta
Red
Yellow
Green
Cyan
Blue

Black	Black
3/Color	3/Color
White	White
Magenta	Magenta
Red	Red
Yellow	Yellow
Green	Green
Cyan	Cyan
Blue	Blue

149
~~149~~

SS
8.92/1

Zimmer

Pedruza Paz



4036

NUMANCIA

B.P. de Soria



61137774

SS 860-9 PED num

S
80-9
ED
Uma

+

R. 33958

NOVELAS HISTORICAS Y POPULARES

PEDRO PEDRAZA y PAEZ

(P. DE AZAR Y AZPE)



NUMANCIA

NOVELA HISTORICA



BARCELONA
RAMÓN SOPENA, EDITOR
PROVENZA, 93 A 97

Derechos reservados.

Ramón Sopena, impresor y editor; Provenza, 93 a 97.—Barcelona

INDICE

	PÁGS.
I.—Los viajeros... ..	7
II.—La presa del Tera... ..	25
III.—La Virgen de Numancia... ..	37
IV.—Megara... ..	45
V.—Escipión... ..	55
VI.—Los dos rivales... ..	69
VII.—Júbilo y esperanza... ..	87
VIII.—La salida... ..	97
IX.—Tristeza y desaliento... ..	113
X.—Recurso supremo... ..	125
XI.—Hecatombe gloriosa... ..	139
XII.—«Numantia fuit»... ..	151

NUMANCIA

I

LOS VIAJEROS

Atravesando los abruptos montes carpetanos que dividían el extenso país de los arévacos de las llanuras dilatadas que ocupan casi el centro de nuestra península ibérica, dos personas caminaban por jornadas en dirección al campamento del ejército romano que, al mando del cónsul Escipión, sitiaba a Numancia, la altiva y más importante ciudad de la región habitada por los arévacos, gentes de raza celtíbera, fuertes, denodados, independientes, noblemente orgullosos, tenaces y enemigos de toda clase de yugo o vasallaje que se les quisiera imponer.

Nuestros dos viajeros realizaban su fatigosa marcha, jinetes ambos en un solo y robusto ca-

ballo, que llevaba por todo arreo una piel de oso extendida sobre sus lomos, haciendo los oficios de silla, y una fuerte brida de cuero crudo con freno de hierro que tascaba sin cesar el noble bruto.

Evidentemente aquellos dos hombres eran valerosos, pues el viaje que efectuaban estaba lleno de peligros y fatigas de todas clases.

Más de quince días habían transcurrido desde que salieron de Versóbriga, ciudad famosa de Turdetania, región conocida hoy con el nombre de Andalucía y que los romanos, sus conquistadores a la sazón, denominaban Bética o España Ulterior.

Por el aspecto de uno de ellos reconocíasele al punto como hombre de armas.

Verdad es que en la calamitosa época en que se desarrollaron los acontecimientos que nos proponemos relatar, esto es, a mediados del siglo segundo antes de Jesucristo, todos los hombres, exceptuados aquellos que por su corta o excesiva edad no se hallaban en estado de manejar las armas, ofrecían el mismo aspecto guerrero, por la necesidad de combatir en que de continuo se veían, ora contra el conquistador, ya contra sus propios compatriotas.

Un amplio manto de lana negra abrigaba su cuerpo casi desnudo, pues aparte de una fuerte coraza de cuero forrada de tela de lino, un ceñidor de colorines que no alcanzaba a cubrirle sino hasta la mitad de los muslos y un calzado parecido a las sandalias, formado de una gruesa suela de cuero sujeta a la pierna por cintas de lana azul, el resto de su fornido cuerpo, cuello, brazos y piernas, lo llevaba al descubierto.

Protegía su cabeza un capacete de cobre, reluciente más por el uso que por obra del artífice, sobre el que ostentaba un penacho de plumas rojas y blancas, bastante deterioradas por su continuada exposición a las lluvias y a los vientos.

Cruzaba su robusto pecho, de derecha a izquierda, un recio cordón de trenzados hilos de lino sin teñir, que sostenía una corta pero tajante espada, que participaba a la vez de la forma del moderno sable y del antiguo machete, metido en vaina de madera con contera de cuero amarillo, y a su espalda, sostenidos por estrecha correa, llevaba un flexible arco de caza y una aljaba que contendría escasamente una docena de flechas emplumadas, de aguda punta de cobre.

Frisaba nuestro personaje en los cuarenta y cinco años.

Su compañero, viejo, encorvado y con todas las apariencias de caduco, tenía una figura verdaderamente estrafalaria y deplorable.

Comerciante hebreo, avaro, sórdido, no vacilaba en exponer su miserable pellejo por negociar—a favor de la guerra que hacía ya más de doce años se sostenía entre Roma, dueña casi por completo de toda España, y Numancia, la ciudad de los arévacos,—la adquisición de una buena cantidad de talentos de oro, a cambio de proporcionar víveres a uno u otro de los beligerantes.

A pesar de que esto denunciaba las riquezas del hebreo, su aspecto repulsivo y desarrapado, desmentía tal suposición : la barba, inculta, caída hasta la mitad del pecho, ondeaba a merced del aire, lo que le obligaba a atusarla con desusada frecuencia, llevando a ella sus manos que, no obstante la ancianidad de su dueño, se conservaban fuertes, según podía apreciar su compañero de viaje cuando, en la rapidez de la carrera del caballo, ceñíanse a su cinturón o se aferraban en sus robustos hombros.

La cabellera desmelenada, espesa y larga, se

confundía con la barba, cubriendo casi por completo sus facciones, que, según las circunstancias, reflejaban miedo y ardimiento, furor o mansedumbre, codicia o liberalidad, pues de todo había en su expresión.

• Los ojos de este extraño personaje, oscuros y brillantes como los de un hombre en todo el vigor de su edad, estaban protegidos por arqueadas y espesas cejas negras, que ofrecían vivo contraste con la revuelta y plateada melena.

Vestía una raída túnica de tela listada de varios colores, que si un tiempo fueron vivos y brillantes, habíanse confundido, a consecuencia del prolongado uso, en un color agrisado obscuro en que se destacaban, a trechos, algunos tintes de los primitivos colores.

Ancha faja de lino, también listada y en algo mejor estado que la hopalanda, ceñía sus lomos, anudada al costado derecho, y servía al mismo tiempo de cinturón y de bolsillo.

Una especie de alforjas pendía de su hombro izquierdo, y dentro de ellas llevaba algunas vituallas y un mediano pellejo de vino generoso.

Cubría su cabeza una especie de casco de cuero, envuelto en un lienzo blanco, que, quitán-

dole la apariencia de lo primero, le daba cierta semejanza con un turbante.

Los pies, desnudos y sucios, no se hallaban preservados sino por tiras de cuero semejantes a las que usaba su compañero de viaje.

A pesar del aspecto pacífico o, por mejor decir, de la apariencia de abyecta cobardía que podía notarse en el viejo, llevaba éste cuidadosamente oculta bajo su túnica una fuerte espada hispana de mucho peso y poca longitud, arma terrible en manos acostumbradas a servirse de ella, pero casi inofensiva en las de quien, como el miserable anciano, estaba quizá más avezado a remover monedas que a manejar instrumentos de guerra.

Caminando, como queda dicho, los dos sobre un mismo caballo, en buena paz y armonía, ningún incidente digno de mención había retardado su marcha; así es que, al cabo de los quince días que en ella llevaban invertidos, tocaban casi los límites de su viaje, pues se hallaban a poca distancia del campamento establecido por Escipión en las cercanías de Numancia.

Apresurando el paso del noble bruto que los transportaba, podían llegar en poco más de una jornada.

Atardecía, cuando al pasar junto a un manantial que brotaba de unas peñas en los linderos de un bosque espesísimo de añosas encinas, detuvo el militar su cabalgadura, y dirigiendo la palabra a su compañero, le dijo :

—Amigo Dan, se me figura que lo más acertado que podemos hacer es apearnos, tomar un refrigerio junto a esas cristalinas aguas, y acomodarnos para pasar la noche sobre esas rocas que nos ofrecen un refugio.

—La distancia es corta.

—No es prudente, empero, que nos internemos de noche en las profundidades de este bosque que nos cierra el paso ; podríamos tropezar con obstáculos naturales que nos obligasen a dar grandes rodeos, sin contar con las fieras y otros animales bípedos capaces de darnos un disgusto.

—Si tú, Plaucio, centurión como eres de la República Romana, crees que eso es lo que la prudencia aconseja, nada tengo que objetar, aunque declaro que no tendría inconveniente en seguir adelante.

—¡ Por vida de las Parcas, anciano ! Mucho esperas y mucho fías en los bríos de tu compañero...

—Es cierto.

—Te agradezco tu buena opinión, pero, créeme, sería temerario avanzar. El bosque es frondoso y enmarañado, y nada más fácil que extrañarse en sus espesuras. Además, lo repito, podríamos vernos obligados a luchar con bestias feroces o con hombres enemigos, y en ambos casos habría yo de contar sólo conmigo mismo, pues tu avanzada edad y la carencia de armas harían inútiles tus buenos deseos para auxiliarme.

Los ojos del viejo lanzaron un relámpago de ira.

Sin duda, deploraba su impotencia.

—Si llegase ese caso, romano — contestó, — procuraría ayudarte con más eficacia de lo que pudieras suponer. Poco soy y menos valgo—añadió con desaliento, — pero ese poco te lo ofrezco y está seguro de que daría por ti en estos momentos incluso la vida.

—Te repito las gracias, Dan, pero no cambio de parecer. Apeémonos aquí.

El viejo descendió del caballo con bastante trabajo y torpeza, suspirante y maldiciente, con auxilio de la poderosa diestra de Plaucio, que le sostenía para evitarle una caída.

Apeado el hebreo, el cual se quedó encorvado como si no pudiera acabar de enderezar su esta-

tura, que no era escasa, saltó el centurión al suelo con gran agilidad, y desperezándose como hombre a quien la fatiga ha cansado pero no rendido, llevó su cabalgadura a un pequeño claro del bosque, entre unos pinos, donde la hierba lozana brindaba al noble corcel abundante pasto y mullida cama.

Al regreso encontró a Dan recogiendo leña para encender la hoguera, como en los días anteriores, pues la falta absoluta de posadas en el país y la necesidad de hacer el viaje con todo el secreto posible, habíales obligado a no dormir una sola noche bajo techado desde que salieron de Versóbriga.

Momentos después se hallaban los viajeros sentados sobre dos piedras, junto a una alegre llama, descansando de las fatigas de la jornada.

Habían cabalgado durante diez y ocho horas sin más intervalo que un corto descanso al mediodía en unos terrenos pantanosos, donde los cañaverales y las plantas acuáticas habíanles ofrecido cómodo y seguro refugio.

De las alforjas del israelita sacaron unos men-drugos de pan de centeno, varios puñaditos de bellotas y unas raquíticas lonjas de carne de oso, curadas al humo dos días antes, después,

naturalmente, de haber descuartizado al animal que tuvo el atrevimiento de atacarles en pleno camino.

Por cierto que en aquella ocasión el viejo hebreo, a pesar del terror de que daba muestras, introdujo, con movimiento rápido y temerario, la aferrada y aguda punta de su báculo en las fauces del rabioso animal, dando así tiempo y ocasión a que su amigo Plaucio le despachase de una certera cuchillada en el corazón, hazaña cinegética que valió al anciano los burlescos aplausos del centurión, el cual razonaba diciendo que, a veces, el supremo impulso del miedo puede llegar, y llega, a producir actos de temeridad que tomaría por suyos el más valiente y animoso.

El hebreo asentía a este razonamiento presa de visible confusión.

—Si no tenemos la fortuna de dar con otro oso, honrado Dan — decía el centurión, — no creo que podamos probar la carne hasta llegar a nuestro destino. Casi no quedan restos del que matamos hace pocos días.

—Nos contentaremos con los frutos de esas encinas y con las hierbas y raíces que encontremos al paso, señor militar — repuso el he-

breo ; — después de todo, ese régimen es muy propio de un buen soldado.

—No digo lo contrario, Dan, no me quejo ; pero conste, sin embargo, que prefiero las buenas tajadas de carnero a las miserables bellotas que me ofreces. Ansío llegar al campamento, donde presumo que no faltarán aquéllas y donde podrás avistarte con los administradores de las vituallas y suministrarnos los hermosos carneros que tratas de vender al ejército. ¡ Buenos negocios te esperan, amigo !

—No deseo otra cosa. Jehová me asista ; el honrado comercio me proporciona los medios de conservar esta triste vida que ya va tocando a su fin — repuso el viejo con tono compungido.

—¡ El comercio !—replicó despreciativamente el centurión ; — propio es para los ancianos que no pueden soportar el peso de las armas, propio también para esos mercachifles de Cartago que acabamos de destruir por completo, propio de esclavos ; pero jamás podrá convenir a los ciudadanos romanos, a los legionarios que saben obligar con su espada a todos los pueblos bárbaros a proporcionarles cuanto necesita el conquistador. Señora del mundo, la altiva Roma concede

a los países por ella sojuzgados, el honor de proveerla de todo lo que le falta, y, ¡ ay del pueblo que osa ponerse en actitud de resistir a la soberana voluntad de la República !

—Es cierto ; pero algunos pueblos oponen esa resistencia y dan, a veces, tales muestras de su disgusto, que comprometen seriamente a las legiones de Roma... Los hispanos, en la hora presente, ofrecen vivo ejemplo de ello. Numan-
cia...

—¡ Calla, vejete ! No menciones siquiera esa ciudad maldecida de los dioses. ¡ Vergüenza y baldón eternos para los cobardes cónsules y pretores que no han sabido domeñarla hasta el presente ! Pero caerá ; ¡ voto a la sangre del divino hijo de Lavinia !, que no en vano el más ilustre de los generales de la República así lo ha jurado. Caerá, aun cuando para ello fuese necesario que se hundan y perezcan los altos dioses.

—¡ Ah, Dios de Jacob ! — exclamó el israelita, — ¿ eso ha jurado Escipión ?

Chispearon un momento los negros ojos del anciano, arrebatado, sin duda, por el entusiasmo con que hablaba su compañero.

Y luego agregó con tranquilidad :

—Si lo ha jurado, seguramente tratará de cumplir su juramento.

—Ya es hora de que la ciudad rebelde, la enemiga del nombre romano, se sujete al yugo de los señores del mundo. Toda la extensa provincia hispánica está sometida al gobierno de la ciudad de Rómulo, y sólo Numancia osa resistirle. ¡ Así agradece los desvelos de la República por traer a este país su civilización, sus leyes y su cultura !

—Todo eso no obsta para que, dicho sea sin que te enojés, la conducta de los naturales de Numancia esté de sobras justificada.

—¡ Qué dices, insensato !

—Roma — prosiguió el israelita — no siempre ha procedido con esa lealtad de que en todo momento han sido reflejo los hispanos. Si todos los cónsules y pretores que ha enviado Roma a este país, en vez de tratar sólo de enriquecerse y divertirse, hubieran procedido como Escipión cuando arrojó de la península a mis amigos los cartagineses, Roma habría logrado la conquista de España sin guerras ni trastornos. Ahora la llaga está demasiado enconada y no puede cicatrizarse.

—No te metas, necio hebreo, que no entien-

des sino en pesas y medidas, y en las malas artes propias de los negociantes, gente toda sin honor ni valor cívico alguno, no te metas, Dan, a formular juicio sobre aquello que es muy superior a tu vacío cerebro.

—Gracias, amigo Plaucio.

—¿Sabes tú lo que sería del mundo si Roma no existiera, si no lo dominase, si no impusiera a todos los pueblos su ley y su cultura, sus costumbres, sus instituciones y su modo de ser, que le llevará a una perfección tal que no será posible un grado más de adelanto en las ciencias, en las artes, en la moral y en el derecho de todos y de cada uno de los hombres?

—Conforme, conforme — interrumpió Dan.

—Y si para conseguir ese feliz resultado — continuó Plaucio — es necesario emplear el hierro y el fuego, como lo usan los archiatras (1) para curar las más perniciosas enfermedades, hágase la guerra, impóngase por medio de la fuerza la justicia, la razón, la libertad y el adelanto a todo aquel que se obstine en desconocerlos y oponerse a su definitivo triunfo.

—Conforme, conforme — repitió el hebreo,

(1) Médicos romanos.

deseoso de desviar el discurso belicoso de su compañero.

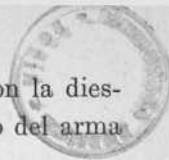
—¿Qué eran esos pueblos hispanos un siglo atrás? — prosiguió el centurión, interpretando mal el asentimiento de Dan. — Verdaderos pueblos salvajes que apenas conocían las más elementales nociones de la existencia civilizada. Mas hoy, ¡qué diferencia! Mucho queda, sin embargo, por hacer en este sentido; pero todo se alcanzará bajo la protección y el régimen de la gloriosa República Romana.

—No quiero discutir contigo en ese punto que podría enemistarnos — respondió con sosiego el anciano israelita. — Sólo puedo decirte que Roma no se limita a civilizar salvajes, según llamaís a los conquistados, sino que ha llevado sus armas a los países de mayor cultura. La infortunada Judea siente ya el peso de la protección de Roma y no tardará en caer bajo su dominio, si el Dios de Abraham no lo remedia; Grecia, la culta Hélade, que se hallaba en el apogeo de la civilización cuando Roma aun no había nacido, está ya casi por completo dominada por la República; y esta misma desafortunada Hispania, cuyo suelo hollamos, no era tan salvaje cuando vosotros la invadisteis so pretexto de

hacer la guerra a vuestra ilustre rival la República de Cartago, la cual tenía fundadas aquí numerosas y florecientes colonias, no sin la oposición más o menos declarada de los naturales. Los pueblos hispanos, si hemos de creer lo que nos cuentan los más viejos del país, tuvieron monarcas ilustres como Argantonio, y otros que no hace al caso citar. Vuestro afán de conquista y de dominación universal es la causa primera, por no decir única, de la conquista del mundo que vais realizando no sin grandes trabajos.

—Tu lenguaje no es el del amigo, viejo Dan — repuso severamente el centurión ; — tu modo de hablar merecería, si no tuviera en cuenta tu avanzada edad y tu debilidad física, que te arrancase la lengua. ¡ Maldito judío ! Casi me inducirás a sospechar de la buena fe de mi amigo el príncipe Luceyo, que me pidió te llevase al campo de Escipión, y motivos me das para recelar de que este viaje tuyo encierra alguna celada o alguna traición. Si así fuese, ¡ guárdate, hebreo, porque tu corazón infame y mi espada no tardarían en trabar íntimo conocimiento !

El viejo Dan oía esta invectiva con los ojos bajos, y se encogía, amedrentado, con un movimiento parecido al del tigre que quiere lan-



zarse sobre su presa, mientras que con la diestra acariciaba maquinalmente el puño del arma oculta bajo su hopalanda.

—¡ Traidor yo ! — replicó luego. — ¡ Traidor el noble Luceyo, el amigo de Escipión, el amante esposo de la sin igual Sofonia, que Luceyo recibió como rico presente de la mano generosa del cónsul ! ¿ Es posible imaginar semejante despropósito ? Mátame, si quieres, pero no supongas tal enormidad.

—Bien está — repuso Plaucio, — pero en lo sucesivo para mientes en lo que dices de romanos y numantinos, porque te juro por la diosa Victoria, cuya imagen preside la sala del Capitolio, que si no cambias de lenguaje, no llegarás sano y salvo al campamento.

—No fué mi intento ofenderte ni ofender a Roma ; pero no he podido impedir que la franqueza, como siempre, saliera espontánea de mis labios ; no soy capaz de disfrazar nunca mi pensamiento.

—¿ Y tus actos, viejo mercachifle ? ¿ Quién podría asegurarme que no eres algo distinto de lo que aparentas, como en estos momentos lo soy yo que, siguiendo los consejos de Luceyo, me he despojado de mi indumentaria de centurión ro-

mano y adoptado este innoble disfraz de guerrero numantino para no encontrar dificultades en el viaje? Pero no, cuando Luceyo te ha confiado a mí, puedo estar seguro sobre la fe de mi amigo de que no abrigas contra el que te acompaña ningún mal designio.

—¡ Oh, sí, confía en ello !

—Basta, pues, de conversación, y tratemos de dormir unas horas al pie de estos árboles, para emprender, al rayar el alba, la última jornada del viaje. ¡ Ojalá pueda mañana mismo presentarte al cónsul Escipión !

—Ese es mi mayor deseo. ¡ Buen reposo te dé el Señor !

Dichas estas palabras procuraron acomodarse entre los troncos de las añosas encinas, no lejos de la hoguera que lanzaba sus últimos resplandores, y durmieron, el centurión con el sueño ligero del soldado, y el israelita con el todavía más ligero de la ancianidad.

II

LA PRESA DEL TERA

A la caída de la tarde del día siguiente a aquel en que hemos dejado a los dormidos Plaucio y Dan descansando junto a la hoguera, los mismos viajeros descendían por la vertiente norte de los empinados montes que limitaban por la parte del Mediodía la extensa comarca del país arévaco.

Montaban, como antes, el mismo corcel, que corría a toda brida, con peligro de tropezar bajo el peso de su doble carga.

El centurión trataba de dirigirlo con el freno y con la voz, y Dan, sin dejar de aguijonearlo, agarrábase con toda la fuerza de sus crispadas manos a la cintura de su compañero de cabalgadura, temeroso de dar con su cuerpo en tierra.

Desde las cumbres que en aquellos momen-

tos transponían, divisábase, a lo lejos, en el horizonte, envuelto en la bruma y en los negros nubarrones de una tempestad que se iba formando a medida que la luz crepuscular decrecía, el inmenso recinto del campamento de Escipión, semicírculo anchísimo que se extendía desde las orillas del Duero, atravesando el pequeño río Tera, hasta las estribaciones de la cadena de montañas casi inaccesibles que protegían, por la retaguardia, a la ciudad de Numancia, cuya silueta apenas se columbraba más allá del recinto del campamento.

—Henos ya al fin de nuestro viaje — decía Plaucio. — Mira, hebreo, allá a la derecha los carros de guerra del ejército romano; al centro las lujosas tiendas del cónsul y de sus consejeros; más adelante los alojamientos de la caballería, las legiones de los vélites (1), las cohortes (2) y los céleres (3); los testudos (4), las má-

(1) Infantería ligera.

(2) Cuerpos de infantería y caballería, compuestos de 500 hombres.

(3) Cuerpos de caballería formada por jóvenes distinguidos, robustos y muy diestros en ejercicios corporales. Marchaban al frente de las tropas y peleaban a pie cuando las condiciones del terreno lo exigían.

(4) Máquina de guerra de forma de concha de galápago con que se cubrían los soldados para pro-

quinas de batir, catapultas y arietes, todo en admirable orden de castramentación (5). Hállase ahí reunido un valeroso ejército de más de setenta mil hombres, que, en un abrir y cerrar de ojos, podría arrojar a los soberbios numantinos de sus hogares humildes sin necesidad de emplear más armas que las puntas de sus pies. Observa allá, al fondo, la altiva ciudad, reducida a los últimos apuros, y prefiriendo el hambre, la angustia, la lucha, la muerte misma, antes que confesarse vencida, entregar las armas y vivir en paz bajo la protección de la República. ¡ Contados, empero, son ya los días de la resistencia ! Hasta el mismo cielo, que descargará en breve sobre ella los furores de la tempestad que se está formando a nuestra vista, parece anunciarle con su voz de trueno que llegó su hora, la hora de pasar a poder del conquistador, del siempre victorioso Escipión. ¡ Cómo late mi pecho ante tan grandioso espectáculo !

—Apresurémonos, Plaucio ; el temporal se nos viene encima por momentos. Ya se oyen los primeros truenos.

tegerse contra las armas arrojadizas al acercarse a las murallas.

(5) Arte de ordenar los campamentos militares.

Efectivamente, en aquel instante, tras el lívido fulgor de un lejano relámpago, acababa de retumbar en el espacioso valle un ruido sordo semejante al rodar de muchos centenares de carros sobre un pavimento metálico.

Ráfagas de viento huracanado hacían ondear las vestiduras de los viajeros.

El caballo lanzó dos estridentes relinchos de terror. Los talones del judío golpearon furiosamente los ijares del animal, castigado también por un fuerte latigazo que le propinó el otro jinete con el extremo de la brida.

El noble corcel dió un tremendo salto, seguido de un violento tropezón, que le hizo arrodillarse a pesar suyo ; pero se levantó bruscamente, sin que ninguno de los dos jinetes se hubiera apeado por las orejas, como parecía inevitable.

El viejo, echándose súbitamente hacia atrás en el momento del tropezón, se agarró con fuerza desesperada al hombro derecho de Plaucio, el cual, sin ese sostén, hubiera, sin duda, venido al suelo, arrastrando al otro en su caída ; y al levantarse el caballo sobre sus patas traseras, ambos jinetes se inclinaron hacia adelante, pegados uno al otro, en un mismo impulso digno de consumados jinetes.

El viejo se apresuró a felicitar a Plaucio por su destreza, a pesar de que el primer movimiento que ejecutara, inconsciente, si se quiere, producido por el miedo, quizá, fué lo que les valió no ser desmontados.

Plaucio admitió gustoso y envanecido los elogios de su compañero.

A los pocos momentos se sucedieron las detonaciones en la atmósfera, la luz de los relámpagos iluminaba por fugaces intervalos la obscuridad completa en que los viajeros se vieron sumidos, y una fuerte granizada, seguida de lluvia torrencial, les obligó a moderar la marcha, en defecto de un abrigo para ellos y para la cabalgadura.

No tardaron, sin embargo, en llegar a la orilla del Tera, que se había desbordado y cuya corriente era, en aquellos instantes, anchísima, profunda e impetuosa.

Tocaban ya casi los lindes del campamento romano, pero la inundación les impedía entrar en él.

—Pasemos el río a vado — dijo el hebreo, — o a naño si de otro modo no podemos atravesarlo. Una patrulla de hombres armados nos viene siguiendo los pasos.

—¡ Por Júpiter tonante que dices la verdad, amigo Dan ! Preciso es, no sabiendo quiénes son nuestros perseguidores, tantear el vado del río.

—Déjame aquí, si quieres, centurión, y entra solo en el campo de los romanos. No quiero servirte de estorbo. Dos personas quizá perecerán donde puede salvarse una sola.

—¡ Guárdenme los dioses de abandonarte ! Necesito llevarte a presencia del cónsul, a quien debes dar cuenta de las intenciones que te han traído aquí.

—No daré un paso más adelante. Eso sería, bien lo ves, exponernos los dos a una muerte segura. Ve tú solo. Los que nos persiguen no pueden ser sino romanos o numantinos : ni de los unos ni de los otros tengo nada que temer. ¡ Me quedo, pues, aquí !

—Pues yo te juro, viejo estúpido, que vienes conmigo o te mato como a un perro. ¿ Eres leal o traidor ? Eso es lo que averiguará muy pronto el invicto Escipión.

Obligado por la necesidad, el anciano, que se había ya apeado, volvió a montar en la grupa del caballo de Plaucio, y partió de nuevo el corcel chapoteando en el agua que la inundación extendía por la llanura.

Pero al llegar a lo más fuerte de la corriente del Tera, el caballo perdió pie y dió un brusco chapuzón.

El viejo no pudo resistir lo rudo de la sacudida y cayó como un plomo en las procelosas aguas. En vano el centurión trató de buscarle a la claridad de los relámpagos : el desgraciado hebreo había sido arrastrado, sin duda, por la impetuosa avenida.

Una lluvia de saetas que sobre él lanzaron desde lejos sus perseguidores, persuadió a Plaucio de que no tenía momento que perder, y dirigiendo su corcel hacia la orilla opuesta, tomó tierra, llegó al campamento, se dió a conocer y pudo retirarse a descansar.

*

* *

Amaneció un día espléndido después de la furiosa y prolongada tempestad ; un sol radiante acariciaba con sus rayos a la ciudad sitiada y a los reales de Escipión.

Numancia, desde las primeras horas de la mañana, ofrecía un aspecto desusado e imponente.

Numerosos grupos de ciudadanos, hombres de armas, ancianos y hasta mujeres y niños recorrían calles y plazas, arrastrados por algunos caudillos improvisados, que dirigían al pueblo conmovido amargas arengas.

Ponían los oradores de manifiesto la imposibilidad de librarse por sus propias fuerzas del terrible asedio en que les tenían las legiones romanas mandadas por Escipión. Renegaban de la conducta de éste, que rehuía constantemente empeñar batalla contra los sitiados, ciñéndose a reducirlos, por medio del hambre, a la desesperación, obligándoles así a pedir una paz tanto más vergonzosa cuanto que la resistencia o, por mejor decir, la victoria, se había prolongado por espacio de catorce años a favor de la ciudad heroica en lucha con todo el poder colosal de la República de Roma.

Empero estas victorias habíanse logrado combatiendo con el enemigo, derrotado siempre en cuantos encuentros tuvo con los valerosos numantinos; mas ahora, en presencia de un ejército aguerrido, disciplinado, numeroso, como si se tratase de conquistar la mitad de la tierra, y al mismo tiempo inactivo, paciente, simple espectador de las miserias de una pequeña ciudad

sitiada, no era posible pensar en otra cosa que en rendirse a discreción o perecer.

Por eso se imponía reunir en asamblea magna a todos los ciudadanos, proponer y aceptar un plan definitivo y no resignarse a continuar por más tiempo en aquella espantosa situación.

Eso exigían las turbas en abierta sedición que en vano trataban de reprimir los caudillos más caracterizados.

Tres grupos eran los que se distinguían por el número de sus componentes, por la energía de sus reclamaciones y por el ardor con que manifestaban su voluntad.

Los tres grupos se estacionaron frente a las casas que habitaban los caudillos de Numancia.

Eran éstos el jefe cívico Cunio, padre del intrépido Laitherón, jefe éste de los guerreros durante la ausencia del que los comandaba, el insigne Megara, joven también como su lugarteniente, que no contaba aún los treinta años de edad.

La jefatura militar estaba encomendada a Mendibil, anciano general de las tropas numantinas, a quien los achaques de su avanzada edad habían obligado a transferir el mando a su idolatrado hijo Megara.

Jefe religioso era Lautero, venerable sacerdote y padre dichoso de Arcia, sacerdotisa del Sol, al que se veneraba en Numancia bajo el nombre de Vulcano.

La bellísima muchacha era considerada como una gloria de la ciudad así por sus virtudes como por su belleza fascinadora. Llamábala el pueblo por antonomasia la Virgen de Numancia, y la tenían en tal veneración, que los ciudadanos solían someter a la decisión de la cándida doncella sus diferencias y querellas.

Laitherón dormía tranquilo en su lecho, como suelen dormir los jóvenes héroes, con el sueño apacible y reparador que proporciona la conciencia del cumplimiento del deber y la ciega confianza en la buena estrella que prometen la juventud y el amor, cuando oyó la voz de Cunio, su padre, que le ordenaba levantarse y atender a la revuelta popular que se estaba formalizando.

Restregóse los ojos, y corriendo a besar las manos de su anciano padre, le preguntó con ansiedad :

—¿Qué quiere el pueblo de Numancia? ¿Se deciden, al fin, los romanos a emprender el asal-

to? Vengan en hora buena, que aquí se les recibirá dignamente.

—No, hijo, no ; por desgracia, el ejército enemigo permanece inactivo, limitándose a vigilar desde lejos, para impedir que entre o salga de esta ciudad ni un pajarillo. El pueblo quiere, y a mi entender, con razón, salir de una vez de la situación deplorable en que se encuentra. Exige que se convoque asamblea general, y preciso será acceder. Corre, pues, a casa del sacerdote Lautero y poneos de acuerdo los dos con Mendibil, el desgraciado padre del infiel Megara, para convocar la reunión popular, que habrá de verificarse dentro de una hora. Ve, Laitherón, gloria de mi casa ; el viejo Cunio no tiene otros afectos que la patria y tú, mi hijo adorado.

—Serás obedecido, padre mío. Veré a Lautero y a Mendibil, reuniré después la gente de guerra y la tendré prevenida por lo que pueda ocurrir. Dentro de una hora podrá reunirse la asamblea en el Alcázar.

Y añadió para sí :

—¡ La veré, la veré otra vez ! Dios de los puros amores, acompáñame, y mueve el corazón de la hermosa Arcia como obligas al mío a palpar con fuerza a su solo recuerdo.

Desnudo por completo como se hallaba, pues era costumbre entre los numantinos dormir así, púsose en un momento el ceñidor, cubrióse con un manto de fina y negra lana, tejido por las venerables manos de su difunta madre, colgó de su hombro derecho la espada de combate, que pendía de un recio cordón de lino, tomó el casco de cobre adornado con penacho de finas plumas teñidas de rojo y se lanzó a la calle.

Al verle, la multitud prorrumpió en aplausos y vítores.

— ¡ Viva Laitherón !

— ¡ Gloria al héroe !

— ¡ Asamblea !

— ¡ Asamblea !

— ¡ Viva Numancia ! — gritó el joven con estentórea voz. — ¡ Viva el pueblo numantino ! — repitió, levantando la mano derecha extendida. — Vamos a casa del gran sacerdote.

— ¡ Viva nuestro padre Lautero ! ¡ Viva la Virgen de Numancia ! — vociferó al unísono el compacto concurso.

III

LA VIRGEN DE NUMANCIA

Palpitando el pecho de emoción, que subió de punto al oír ovacionar a la amada de su corazón, el ideal de sus sueños de héroe, Laitherón tomó sitio a la cabeza de la multitud y se dirigió, al frente de ella, a la casa de Lautero.

En uno de los aposentos de su vivienda, el gran sacerdote oía, meditabundo, el estrépito del grupo que la rodeaba, como ocurría en las de sus dos compañeros de mando.

Lautero vestía la túnica sacerdotal de blanquísima lana sujeta al abultado abdomen por una faja escarlata, y ceñía a sus sienes, que las canas orlaban, una corona de hojas del roble

sagrado que prestaba su sombra al altar del dios Vulcano en el jardín de su casa.

La barba, blanca como el ampo de nieve, llegábale a la mitad del pecho, y sus manos venerables, finas y aristocráticas, que jamás habían manejado los instrumentos del trabajo y sólo habían pulsado la lira cuando con voz sonora dirigía los sagrados himnos, se apoyaban juntas sobre la cabeza de su tierna hija, Arcia, la Virgen de Numancia, que a duras penas podía reprimir el llanto pronto a brotar de sus ojos de gacela al contemplar la preocupación y abatimiento del autor de sus días.

Estaba medio arrodillada, reclinando la cabeza en las rodillas de su padre. De pronto alzó al rostro del anciano sus dulcísimas miradas, y le dijo :

—Padre mío, sagrado cantor del Dios inmortal, luz de la ciudad, ¿es posible que así te dejes abatir por la desgracia? ¿Cómo, tú, el amado de los dioses, temblarás quizá ante la ira de los hombres? ¿Es que Dios no es Dios?

—Calla, no digas tales palabras, hija de mi corazón. No las repitas, pues envuelven una blasfemia contra ese mismo Dios que tú y yo invocamos todos los días. No me abate el pen-

sar en mi muerte ; eres tú la preocupación constante de mi mente ; por ti me entristece el porvenir. Yo soy ya viejo caduco que reclama a voces el descanso del sepulcro. Tú, empero, joven, buena, hermosa como los espíritus que rodean el trono de los dioses, quedarás muy pronto en este mundo sin otro amparo que el de ellos.

—Y aunque así fuese, que no lo es ni lo será en largo tiempo, ¿no es, por ventura, bastante el amparo de los dioses para todo aquel que cree en ellos y sigue su ley?

—Sí, Arcia mía, sí, tienes razón ; ¿pero no oyes en este momento cómo ruge el pueblo a mis puertas? ¿No te hace esto entrever las tempestades del corazón humano, mil veces más terribles que la que las iras del cielo lanzaron anoche sobre Numancia? Si yo pudiera dejarte unida para siempre a un bravo guerrero, que cuidase de ti, velase día y noche por tu dicha y bienestar, como lo ha hecho tu padre, y cuidase de los bienes que para ti he acumulado, estaría contento y miraría con placer a la muerte cara a cara, cuando viniese a reclamar el debido tributo que a todos los hombres es común.

Ruborizada y confusa oía la doncella estas

graves palabras de su padre ; quiso contestar a ellas, y no pudo ; así es que, incorporándose súbitamente, echó los desnudos brazos, esculturales joyas de carne joven, sana y aterciopelada, al cuello del sacerdote, y prorrumpió en llanto.

Alarmado el anciano, se puso, a su vez, en pie, y estrechando contra su pecho a la hermosa Arcia, le dijo en voz muy queda :

—¿Qué es eso, hija de mi alma? ¿He puesto, por ventura, el dedo en la llaga? ¿Tu corazón no está, quizá, tranquilo? ¿Amas a alguno de nuestros jóvenes héroes? ¡Bendecidos sean los dioses si es así!

—¡Ay, padre mío! — replicó la joven. — Yo no sé si amo, pero no tengo duda de que soy amada. Dos jóvenes guerreros, dos íntimos amigos, dos hermanos, nobles, bellos, generosos, valientes y leales, han murmurado a mis oídos palabras de amor. Cada uno de ellos cree ser el único que ha implorado mi amor, el único que me ha confiado su pasión, el único que ha conseguido inspirarme afecto. Los dos tienen razón. A ninguno de ellos he dicho lo que ahora te confío, padre mío : amo a los dos, y ese extraño amor que divido entre dos hombres igual-



mente dignos de él, es todo entero para el uno y para el otro. Mi vida es pensar en ellos, oír sus voces, ver sus rostros varoniles, meditar sus altos hechos, sus hazañas y sus virtudes, y no podría hacer distinción entre uno y otro, prefiriendo a éste sobre aquél. Los dos ocupan mi pobre corazón y lo llenan cada uno de ellos por entero.

El sacerdote escuchaba atento, dejando escapar de su pecho hondos suspiros.

Después de un momento de silencio, interrogó :

—¿Los nombres de esos jóvenes?

—Uno de ellos está ausente. Ha más de ocho meses que partió de aquí para gestionar auxilios a la ciudad en la guerra feroz, implacable que nos viene haciendo el poder de Roma. Desde entonces nada se ha sabido de él : es Megara, el jefe de la juventud guerrera de Numancia.

—¿Y el otro? — preguntó dulcemente el anciano.

—Laitherón — dijo la voz de un esclavo del templo, a la puerta del aposento. — Laithe-rón, jefe de la milicia numantina por ausencia del general Megara, solicita ser recibido en el

acto por Lautero, sacerdote supremo, y por su hija, la sacerdotisa Arcia.

—Que sea bien venido a mi casa — dijo el anciano.

Mientras esperaban que fuese introducido, el sacerdote volvió a preguntar a su hija con interés :

—¿Y el otro? ¿Quién es el otro?

—El que acaba de solicitar audiencia : Laitherón.

A los pocos segundos entró el anunciado.

Hincó una rodilla en tierra y besó la orla del ceñidor del sacerdote, quien extendió su mano sobre la cabeza del que le saludaba. Luego Laitherón cruzó sus manos sobre el pecho, y se inclinó profundamente ante la hermosa Arcia.

Esta, en todo el esplendor de su belleza, parecía una divinidad. Abundosa cabellera rubia orlaba su frente, más pura que el lirio de los campos ; sus negros ojos, de mirada dulcísima, soñadora y húmeda, hacía nacer en el pecho de quien la contemplaba los más ardientes deseos. La tez, comparable al finísimo pétalo de las rosas primaverales ; los labios como encendidos claveles ; los dientes ebúrneos y semejantes a los de un corderillo, eran un prodigio de belleza.

El cuello, largo y redondo, ligeramente arqueado, los hombros, y el nacimiento del seno, de curvas perfectísimas, dejaba adivinar bajo la túnica otros mayores encantos; los brazos desnudos hasta el hombro y las piernas, que los abiertos pliegues de la falda dejaban a veces al descubierto hasta la cadera, no pueden compararse sino a sí mismos. La cintura esbelta y cimbreante, el pie pequeño, estrechito y de rara perfección, completaban un conjunto atrayente y arrebatador.

—Salud -- dijo Laitherón -- al divino Lautero; salud a su noble hija, la sacerdotisa de nuestro Numen tutelar, hermosa como una ilusión de amor. Feliz el guerrero que pueda lograr el afecto de la Virgen de Numancia y ver saltar sobre las rodillas del venerable Lautero los amorcillos que le llamen abuelo.

—Gracias, Laitherón -- dijo éste, mientras la doncella enrojecía de placer y de ruborosa confusión.

—Mi padre -- prosiguió el joven -- me envía a suplicarte que convoques la asamblea general de ciudadanos. El pueblo así lo exige. Dentro de una hora podríamos reunirnos en el Alcázar.

—Ahora mismo -- repuso Lautero. -- Va-

mos, hija mía, acompáñame ; y tú, Laitherón, reúne las tropas y acudid todos a rodear el Alcázar. Manda un mensajero a Mendibil.

Y salió, junto con su hija, en dirección al lugar donde había de reunirse la asamblea, seguido de la multitud que no cesaba de aclamar al gran sacerdote y a la Virgen de Numancia.

IV

MEGARA

En la gran sala de armas del Alcázar de Numancia se constituyó la asamblea.

Sentados en un banco de piedra adosado a la testera del salón, los tres jefes Cunio, Mendibil y Lautero ocupaban la presidencia.

Los ciudadanos más caracterizados por los cargos que ejercían, por la riqueza, por la edad o por el número de sus hijos, formaban un grupo a la derecha de los caudillos.

A la izquierda hallábanse las matronas numantinas y las vírgenes, y al frente de ellas la incomparable Arcia.

En el extremo inferior de la sala se agolpaba el pueblo, confundidos hombres, mujeres y niños.

Los guerreros, formados según las reglas de la severa disciplina militar, circuían el edificio, al mando de sus jefes respectivos y del intrépido Laitherón, el cual, por su corta edad no podía tomar parte en las deliberaciones, a menos que fuese llamado a ellas expresamente.

La sala ofrecía un ambiente de tristeza, mejor dicho, de consternación, que deprimía los ánimos más esforzados.

El pueblo cuchicheaba produciendo un rumor semejante al ruido de un viento de tempestad, ruido que disminuía o aumentaba según las impresiones causadas por una frase o un concepto favorable o adverso a la deseada solución del estado desesperado en que se hallaba la ciudad.

Dióse principio al acto con el canto de un himno patriótico interpretado por la voz armoniosa de Arcia, a la que hacían coro sus compañeras.

Apenas se hubieron extinguido las últimas notas del cántico que los asistentes oyeron con religioso silencio, el jefe cívico, Cunio, ponién-

dose en pie, extendió sus manos hacia el concurso, como en señal de que quería hablar.

No reproduciremos su arenga, pues basta para nuestro objeto indicar que reconoció la imposibilidad de prolongar por más tiempo la situación en que se hallaba la ciudad. Forzoso era tomar una resolución suprema : rendirse o perecer.

—Numancia — dijo — no puede contar sino con sus solas fuerzas, pues todos los presentes saben perfectamente que ocho meses ha que el general Megara, hijo de Mendibil, mi colega en el gobierno de la ciudad, salió de aquí enviado a gestionar auxilios de las ciudades amigas, y parece que se lo ha tragado la tierra, pues no se tiene de él la más leve noticia. El hecho de no haber regresado Megara — prosiguió Cunio — trayendo la contestación favorable al socorro de Numancia, sólo admite dos suposiciones : ineptitud o cobardía del enviado, o codicia o traición. Por desgracia, este último caso tiene recientes ejemplos en las campañas de Viriato, el invicto caudillo de los lusitanos, asesinado por sus propios amigos, a quienes sedujo el oro de los romanos, y en algunas gestiones que en la misma Numancia se han sorprendido, encaminadas a entregar traídoramente la ciudad. Si

esto fuera cierto — terminó diciendo el jefe cívico, — si la traición de Megara fuera un hecho, a Numancia no le queda otro recurso que el de morir, pero morir con gloria. Pensar en la esclavitud y en soportar el yugo de Roma, es impropio de los numantinos ; propongo, por lo tanto, incendiar la ciudad, destruir cuanto ella encierra y darnos todos muerte.

Mendibil, rojo de ira y temblando de indignación, se puso a su vez de pie, y exclamó con voz potente :

— ¡ Maldición sobre el que se atreva a mancillar la honra inmaculada de mi nombre con el estigma de la traición ! ¿ Mi hijo Megara no es bastante conocido ? ¿ El ser hijo mío no es para la patria garantía suficiente de su lealtad ?

— Tú puedes ser, y lo eres desde luego — replicó Cunio, — un honrado y excelente patriota ; pero eso no es obstáculo a que tu hijo pueda ser traidor. Acaso no lo sea, y así lo deseo, pero las apariencias...

— ¡ No lo es ! ¿ Las apariencias ? ¿ No se deberá, acaso, la infame suposición, a las ambiciones de los interesados en substituirle en el cargo que desempeña y en cuyo ejercicio se ha cubierto de gloria y ha enaltecido el nombre de la patria ?

—¿Por qué no vuelve a ella, pues? — preguntó una voz que partió de la parte inferior de la sala.

Se levantó entonces un tumulto de protestas contra Megara y Mendibil, dejándose oír algunos gritos de :

—¡ Viva Cunio !

—¡ Mueran los traidores !

El viejo Mendibil se esforzó en vano para imponer silencio y hacerse oír.

Afortunadamente, en aquel momento penetró en la sala el lugarteniente de Megara, seguido de un anciano hebreo que llevaba las vestiduras hechas jirones y caminaba penosamente, apoyado en el brazo de su acompañante.

El gran sacerdote preguntó a Laitherón :

—¿Cómo te atreves a venir aquí sin ser llamado?

—Porque ocurren cosas graves.

—¿Quién es ese hombre que conduces?

—El mismo lo dirá : la salud de la patria viene con él. ¡ Permittedle que hable !

—Hablará luego ; corresponde ahora a Mendibil rebatir los cargos que se han formulado contra el general Megara, el enviado de Numancia. ¡ Responde a ellos, Mendibil !

El hebreo se desprendió con rápido movimiento del que le acompañaba, irguió su elevada estatura y rasgó sus miserables harapos, que cayeron al suelo dejando al descubierto un pecho varonil ancho y fuerte, abrigado por fuerte coraza de acero. Arrancó de un tirón la barba y la cabellera blancas, y apareció el rostro, bien conocido de todos, del joven caudillo Megara.

Adelantó al centro de la sala, y con voz firme exclamó :

—¡ Nadie sino el mismo Megara ha de responder por él !

La impresión que semejante aparición produjo en el concurso no es para descrita.

Laitherón, entusiasmado, corrió a abrazar a su amigo, gritando :

—¡ Viva Megara ! ¡ Amigo, hermano mío !
¡ Aun veremos días de gloria para la patria !

—¡ Hijo mío ! ¡ Mi querido hijo ! — sollozaba Mendibil, extendiendo ambas manos hacia el joven.

—¡ Benditos sean los dioses ! ¡ Oh, qué alegría ! — decía Arcia a sus amigas. — Ahora podemos estar ciertas de que la patria será feliz.

Algunas matronas lloraban enternecidas. Los hombres se abrazaban unos a otros y apenas osa-

ban hablar, temiendo que les venciera la emoción.

—¿A qué clase de cargos debo responder? — interrogó el recién llegado.

—Tu presencia los ha desvanecido — contestó Lautero. — La amargura en que tu ausencia nos tenía sumidos, ha sido lo único que los ha motivado. Creíamos que no regresarías.

—Únicamente la muerte hubiera podido impedirme volver a nuestros hogares. ¡ Si había dejado aquí mi corazón ! La patria y la felicidad me llamaban de consuno. Ya estoy, pues, entre vosotros, mis amigos, mis hermanos.

Se interrumpió tumultuosamente la reunión.

Los numantinos habían recobrado a Megara, al joven jefe que había vencido sucesivamente a Mancino y a Lépido y cuyo nombre era el terror de los romanos.

En medio de un vocerío atronador, salió Megara de la sala llevado en triunfo en hombros de los dos más robustos concurrentes.

Laitherón iba a su lado aclamándole con todas las fuerzas de sus pulmones y gozando de la gloria de su amigo como si a él mismo le hubiera correspondido.

Al aparecer en la explanada del Alcázar, las

tropas reconocen a su general, y con el mayor entusiasmo le aclaman levantando sobre sus cabezas lanzas y espadas. A los capitanes de las huestes cuesta trabajo contener a los soldados, ávidos de correr a arrodillarse y besar la mano del héroe. Algunos lo consiguen y crece con esto el vocerío y la ovación.

Numancia ha cambiado de aspecto en un instante.

La alegría, la confianza, el valor, todo lo ha recobrado con la presencia de Megara.

Cada cual supone que traerá la ansiada noticia de un pronto socorro, y todos están impacientes por oír de su boca el porvenir que les aguarda.

Los tres jefes de Numancia calman, a fuerza de paciencia, el entusiasmo popular, y disponen que todos los ciudadanos se retiren a sus casas, las tropas a sus destinos y que se permita al joven Megara descansar un día en casa de su padre. Después daría cuenta de su cometido y se comunicarían al pueblo las nuevas de que era portador. En vista de ellas se tomaría la resolución que las circunstancias exigiesen.

Los tres venerables jefes acompañan al heroico Megara al domicilio de su padre.

Laitherón hizo todo el trayecto abrazado a su inseparable amigo.

El joven lugarteniente no se daba exacta cuenta aún de la felicidad que experimentaba al recobrar a su antiguo compañero y jefe.

V

ESCIPIÓN

El centurión Cayo Plaucio que, como sabemos, había llegado a los reales del ejército romano después de vadear el Tera en medio de la noche tempestuosa en que perdió a su compañero, el viejo Dan, apenas se vió entre sus camaradas, los cuales le recibieron con las vivas demostraciones de afecto a que era acreedor, pidió alojamiento, cena y lecho.

Condujéronle a una tienda de oficiales donde se le proporcionó un confortable baño y los demás cuidados que exigía la limpieza y aseo de su persona, en lo que eran los romanos exigentes hasta la meticulosidad.

Fueron puestos dos soldados a su servicio personal, y mientras algunos esclavos, dedicados

especialmente a las faenas domésticas, le rasuraron, depilaron y le pusieron las vestiduras propias de su grado militar, despojándole del disfraz de guerrero español, aquéllos le prepararon un substancioso refrigerio que despachó Plaucio con la avidez de quien no había podido comer a mesa puesta durante cerca de un mes.

El centurión se acostó después y durmió con el sueño que proporciona la fatiga soportada en un largo y penoso viaje.

Al rayar el alba le despertó el toque de diana que las trompetas del campamento se transmitían de un cuerpo a otro en todas direcciones, hasta extinguirse en lontananza.

Plaucio saltó del lecho y llamó, dando unas palmadas.

Al momento se presentó un esclavo.

—¡ Pronto, mis armas !

El esclavo las puso a su alcance.

—Ata las correas de la coraza... Muy bien. Ahora las cáligas (1). Perfectamente.

El esclavo no osaba pronunciar palabra.

—¿ A qué hora suele levantarse el cónsul ?

—No tiene hora fija. Diríase que no se acuesta

(1) Sandalias con clavos.

nunca. En estos momentos regresa de pasar una visita de inspección en el campamento y ha recorrido a caballo todo su recinto.

—Ve a su alojamiento y pide, de mi parte, el permiso para presentarme a él.

—A tus órdenes, señor.

Salió el esclavo y volvió al poco rato anunciando al centurión que el cónsul le aguardaba.

Apresuróse Plaucio a dirigirse al alojamiento de Escipión.

Consistía la vivienda del célebre caudillo en una especie de casamata construída con tierra y piedras y techumbre de ramaje y pobremente amueblada. En el centro una mesa, en torno de la cual había dos sillas y cinco escabeles; en un rincón, modesto lecho de campaña cubierto con una piel de oso. Junto a la casamata, en tiendas de lona, se hallaba establecida la servidumbre del general.

Era Escipión un hombre de rostro franco y abierto, frente despejada, ojos negros de mirada tranquila, boca sonriente, morena la tez más por efecto de su vida militar, que le obligaba a estar en campaña la mayor parte del tiempo, que por naturaleza. Su estatura no era ni corta ni ele-



vada ; sus maneras, modelo de naturalidad, que tocaba los límites de lo vulgar.

Nadie hubiera dicho que bajo tales apariencias se ocultaba un espíritu poderoso, enérgico y prudente, un verdadero genio de la guerra, digno rival y vencedor del impetuoso Aníbal, destructor de Cartago y general eminente que logró expulsar de España a los cartagineses antes de acorralarlos en el Africa.

Cónsul de la República Romana, tres veces recompensado con la corona triunfal, merecedor del dictado de Hispánico y del de Africano con que le honró el Senado y próximo a añadir a ellos el de Numantino, que después le fué concedido, no con tanta justicia como los otros dos.

Tenía la rara cualidad de saber asegurar el éxito de sus campañas y de sacar partido de ellas en provecho de Roma.

Jamás se irritaba, descomponía o entusiasmaba, a lo menos en apariencia.

Con la misma tranquila sonrisa, con igual limpia mirada asistía a un banquete que a una batalla ; del mismo modo, con idéntico tono de voz concedía una recompensa o decía un halago que anunciaba un castigo, expresaba un recelo o pronunciaba una sentencia.

Daba sus órdenes sin alzar la voz, como si conversase con un amigo.

Amante de la justicia y de la lealtad, cualidades tan apreciadas por los españoles, había logrado conquistarlos mejor con su amabilidad y su respeto que con el poder de sus legiones que le veneraban, a pesar de sus pocos años, hasta la adoración.

Contaría a la sazón unos treinta años.

Toda la península le estaba sujeta, si se exceptúan algunas ciudades lusitanas, en donde se mantenía vivo el recuerdo del intrépido Viriato, y el país de los arévacos, del que sólo conservaba su independencia la invencible ciudad de Numancia.

Plaucio encontró al cónsul paseando impaciente a lo largo de su habitación.

En cuanto penetró el centurión, el caudillo se dirigió a él, que se mantenía en la posición exigida por el respeto militar, y le abrazó.

—Bien venido, Cayo Plaucio — le dijo. — Te esperábamos con ansia. Supongo que traerás buenas noticias de la Hispania Ulterior.

—La Bética, señor, está tranquila. Tu particular amigo, el príncipe Luceyo, mantiene con

su influencia la amistad de los turdetanos con la República.

—¿Has visto a Luceyo? ¡Bravo, amigo! ¿Y su esposa, la hermosísima Sofonia? ¡Qué mujer! Tú la has visto. Me la represento tan bella y tan enamorada de su marido como siempre.

—Los dos están bien. Te traigo sus afectos y las expresiones de su cariño y de su gratitud para contigo. Tienen siempre en la memoria la gloriosa jornada de Cartago, y tu conducta nobilísima, en aquella ocasión, propia de un dios.

—Nada extraordinario hubo en ello. La bellísima Sofonia, que me fué entregada por su propia madre, no merecía la triste suerte de ser esclava de un soldado romano, por alta que fuese la categoría de éste. Prometida en matrimonio por sus progenitores al príncipe Luceyo, a quien amaba, pues así me lo confesó, cuando se echó a mis plantas desnuda como una sílfide de los lagos, esparcido el dorado cabello sobre sus hombros alabastrinos y bañado en lágrimas el rostro encantador, era muy natural que yo la entregase, si no quería ser indigno de mí mismo, tal como la recibí: pura, virgen, intacta, al feliz mortal por quien ella suspiraba y por el que era tierna y profundamente amada. Los resul-

tados de esa acción trivial, han sido la amistad leal e indestructible de los hispanos, que saben apreciar la nobleza del proceder como rechazar la doblez, la falsía y la iniquidad. La práctica de las virtudes militares, sobre todo de la justicia y de la lealtad, proporciona mayores victorias que las armas. ¡ Ah ! si para con esos heroicos numantinos, a quienes admiro, si para el famoso caudillo Viriato no se hubiese abusado por los pretores y los cónsules de mi país del engaño, del crimen y de la falsedad, no tendría hoy Roma el disgusto de haberse visto vencida en sus ejércitos durante cerca de dos décadas por un puñado de valientes que no conocen otro valor que el de las virtudes cívicas y militares, ni yo me hallaría en el trance de acabar con esa ciudad sin par en el mundo, como si fuera una vil y embrutecida Cartago. ¡ Cúmplase, sin embargo, nuestro destino !

—El honor de Roma exige, señor, la conquista de esa ciudad, sorda a todas las proposiciones de paz que se le han hecho.

—Cierto es, Plaucio ; pero, te juro, a fe de quien soy, que, si pudiera, gustoso trocaría con ellos mi posición. La gloria de Numancia obs-

curece el brillo de los laureles que me han sido otorgados por mis campañas.

Al llegar aquí la conversación, presentóse en la puerta un soldado, anunciando que el tribuno Ticio Calpeyo, con otros jefes, pedían ser recibidos por el cónsul para comunicarle noticias importantes.

—Que aguarden un instante — repuso Escipión. — Ya les llamaré.

Y continuando su discurso con Plaucio, le preguntó :

—¿Has podido conseguir que los turdetanos, sobre todo Luceyo, envíen refuerzos al campamento?

—No, general. Luceyo ha jurado sobre su honor que no auxiliará a los numantinos ; pero cree que cometería un crimen atacándolos, aun al lado de su amigo Escipión.

—Respeto sus escrúpulos y apruebo su modo de pensar. Otra pregunta. Me han dicho que no venías solo. Una patrulla te vió junto al río y te intimó el alto. ¿Por qué no te detuviste? ¿Quién era el hombre que llevabas a la grupa de tu caballo? ¿Qué se ha hecho de él?

—Cierto es que no he venido solo. Por expresa recomendación del príncipe Luceyo, he

traído conmigo desde Varsóbriga un viejo hebreo que venía al campamento para vender provisiones de boca. Así me lo dijeron él y Luceyo. Llamábase Dan y se encontraba desterrado por el pontífice Simón Macabeo. Trajo a Hispania sus riquezas, que empleaba en la vil profesión del comercio. Al atravesar el río, huyendo de la patrulla que nos perseguía, y de la que procuré yo librarme en la duda de si eran los que la formaban romanos o numantinos, dió mi caballo un violento chapuzón, y el hebreo, cayendo de la grupa, fué arrastrado por la corriente. En vano le busqué durante unos momentos, pues no me dieron mayor espacio para ello nuestros perseguidores, los cuales seguramente me tomaron por un español, a causa de mi disfraz. Algunas flechas silbaron en mis oídos, por lo que, aguijoneando a mi caballo, me apresuré a ganar el campamento. Es todo lo que puedo decirte.

—Basta; bien está — repuso Escipión. — Llama ahora al tribuno Ticio Calpeyo y a sus acompañantes, y regresa aquí con ellos.

El tribuno ecuestre Calpeyo, jefe de la caballería romana, entró seguido de sus subalternos, en pos de Plaucio, que servía de introductor.

Escipión, contestando al saludo de sus subordinados, preguntó :

—¿Qué hay, Calpeyo? ¿Qué ocurre?

—Extrañas novedades se observan en Numancia. Debo darte cuenta de un suceso ocurrido esta mañana, que puede ser causa de esas novedades.

—Cuenta, Calpeyo — dijo el cónsul con su tranquilidad de espíritu habitual.

—En las avanzadas, junto al río, poco antes de amanecer, se produjo cierta alarma. El centinela había visto a un hombre, que no parecía militar, vestido con traje talar y turbante en la cabeza. Aquel hombre, de barba y cabellos blancos y desmelenados, caminaba con precaución por la orilla del río, en dirección a Numancia. Al oír el grito de alarma del centinela, trató de ocultarse. El decurión de guardia destacó dos hombres para que prendiesen al viejo, que procuraba huir de ellos, arrastrándose en la obscuridad. Los soldados logran alcanzarle y se le echan encima, y tras breves momentos de lucha, dos hombres se levantan, uno de ellos el viejo, que emprendió veloz carrera, con la agilidad de un muchacho, hacia la ciudad, y el otro, uno de los soldados, que volvía al campamento

mal herido en el pecho y con un brazo roto : el otro soldado quedó teñido en el lugar de la contienda, abierta la garganta por una horrorosa cuchillada.

—¿Qué hicisteis después? — preguntó Escipión.

—Salió con toda la premura posible una turma (1) en persecución del fugitivo, el cual pudo, empero, llegar a los muros de Numancia, y allí, amenazando a los nuestros con una espada corta que blandía su diestra, escaló con ayuda de ella las tapias de la ciudad y desapareció de nuestra vista.

Mientras Calpeyo daba cuenta de ese incidente, el centurión Plaucio, que le escuchaba con profunda atención, cambiaba de color a cada instante.

—¡ Un viejo con traje talar a orillas del río ! — exclamó cuando el tribuno hubo concluído. — ¡ Por Júpiter ! ¡ Es mi compañero de viaje !

—Un traidor, sin duda, o un espía — observó Calpeyo.

—Nada aseguraré — repuso Plaucio ; — pero sí puedo decir que durante el viaje me inspiró

(1) Compañía de caballería compuesta de 30 individuos y 3 decuriones o sea cabos de diez soldados.

algunas sospechas y tentado estuve de arrancarle la vida y...

—¿Es eso todo lo que tenías que comunicarme? — interrumpió Escipión.

—Aun no he terminado. Al cabo de unas horas de ocurrido el extraño suceso que acabo de referir, una agitación, sorda al principio, ruidosa después, se ha notado en el recinto de la ciudad. Parecía que los ciudadanos estaban locos de entusiasmo. Nuestros espías han oído claramente vítores a Megara, el cual, se sabe de cierto, está ausente de Numancia, si el viejo de las orillas del Tera y el caudillo Megara no son una misma persona, como empiezo a sospechar.

—¡Megara !— barbotó Plaucio. — ¡Aquel viejo decrepito que yo traje aquí, que montaba a caballo con una torpeza que podía muy bien ser una ficción como lo eran tal vez su barba blanca y sus maneras! ¡Necio de mí, que no le he conocido! ¡Ah! ¿por qué no le atravesé el corazón con mi espada a las primeras sospechas? ¡Ah, traidor Luceyo!

—Ten la lengua, Plaucio, y no hables mal de Luceyo — dijo Escipión, impassible, como siempre. — Incapaz de felonía, no puede ser cóm-

plice de traición alguna. Aun admitiendo que el viejo Dan y Megara sean una misma persona, no hay en todo lo ocurrido ninguna acción vituperable por parte de los actores, conscientes o no, de la comedia que se acaba de representar. Todo lo más hay un ardid de guerra de buena ley. Reconozcámoslo así, y no se hable más de esto.

—¿Tienes que darnos alguna nueva orden, general? — preguntó el tribuno.

—No, podéis retiraros. Tengo un plan que deseo someter a vuestro examen, pero a su debido tiempo.

Saludaron todos a Escipión, que devolvió la cortesía, y se retiraron dejando solo al cónsul, que tomó asiento en una de las sillas, y apoyando un codo en la mesa y la cabeza en su mano, quedó pensativo.

VI

LOS DOS RIVALES

El venerable anciano, padre de Megara, escuchaba con el mayor entusiasmo y placer el relato que éste le hacía de su viaje, considerando las muestras de prudencia y valor que el joven derrochó en el cumplimiento de su empresa.

Apenábale, sin embargo, su fracaso en lo respectivo a la demanda de socorros.

Pero la presencia de su hijo, en el que veía reproducidas todas sus antiguas hazañas, en quien se miraba como en límpido espejo que reflejaba su propia juventud, le bastaba de momento para su felicidad.

Mendibil se trasladó a casa del sacerdote Lautero para comunicarle las nuevas de que era portador su hijo, y éste quiso acompañarle para

esclarecer algún punto sobre el cual quisiera insistir el amigo de los dioses.

Mas, en realidad, el ardiente deseo de Megara era ver y hablar a la Virgen de Numancia, mirarse en sus dulcísimos ojos de brillantes fulgores, admirar la soberana belleza de la muchacha, exponerle los amores que en su pecho se fundían entre el de ella y el de la patria, y recabar de la hermosa una declaración igual para sí.

En el jardín de su casa, la bella Arcia, acompañada de su padre, departía con éste precisamente acerca del regreso del héroe, cuando, de pronto, apareció éste a su vista, gallardo como nunca, brillante la mirada, altivo el continente, rendido su corazón a las gracias que adornaban a aquella mujer incomparable.

Saludáronse los ancianos, dando y recibiendo uno del otro el beso de paz, y el mancebo, después de depositar un ósculo de respeto en la orla del ceñidor del sacerdote, se apresuró a inclinarse ante Arcia, henchido el pecho de la noble pasión que de él rebosaba.

—Grande ha sido — le dijo, — hermosa doncella, la alegría que he experimentado al volver a pisar los sagrados umbrales de la patria, pero

mayor es, sin duda alguna, la felicidad de que me siento poseído, al verte, estar a tu lado, amarte y desear que toda mi vida se deslice junto a ti, en un hogar común a los dos, en el que no faltarían, pues tú las mereces, las bendiciones de los dioses.

—Megara, joven héroe, semejante al astro del día al que ofrecemos nuestra adoración, las palabras que acabas de dirigirme, no puedo ocultarlo, conmueven dulcemente mi corazón, y por ellas te guardaré eternamente el mayor reconocimiento. Tú, hijo del augusto caudillo de los numantinos, del anciano Mendibil, honrado por la patria casi como a un dios, tú, apuesto guerrero, generoso joven, posees, es cierto, todo el afecto, todo el cariño, que mi pecho puede sentir. Dos hombres solamente — añadió con la ingenuidad de la virgen inexperta y veraz — han conseguido interesar mi atención : tú y tu amigo Laiterón. Hermosos mancebos ambos, valientes los dos, virtuosos y prudentes, llenos de respeto y de cariño para vuestros padres y para el mío propio, igualmente arrogantes y amorosos conmigo, a los dos os confundo en mi afecto, en el amor que al uno y al otro profeso.

—Bellísima Arcia, el que yo siento por ti es

exclusivo, es el amor que sólo se profesa a la elegida del corazón ; a la que los dioses destinan al hombre para que sea su compañera de toda la vida, la madre de sus hijos, el encanto de su hogar. En hora buena que tengas el debido cariño a Laitherón, a tu padre y a tus amigas ; mas lo que yo busco en ti es amor profundo, único, avasallador, el amor de la esposa adorada de mi corazón.

El rostro del joven héroe estaba radiante de expresión al decir estas palabras. Su robusto y desnudo pecho sobre el que cruzaba una de las puntas de su manto negro colgado de sus hombros de atleta, palpitaba fuertemente delatando toda la tempestad de la pasión que le dominaba.

Arcia le oía arrebatada por una pasión semejante a la que él exteriorizaba ; pero la pobre muchacha compartía ese sentimiento con otro igual que experimentaba por el apuesto Laitherón.

Las frases de Megara acababan de revelarle todo lo horrible de la situación.

Amaba a dos hombres de quienes hubiera sido gustosamente la esposa.

Esos dos hombres la amaban con una pasión

igual a la que acababa de manifestarle uno de ellos, y no podía, por su parte, amar a uno sin injuriar al otro.

¡ Una mujer no puede ser la esposa de dos hombres a la vez !

Este descubrimiento, que se le presentaba con toda claridad, la dejó aterrada.

Quiso contestar a su apasionado interlocutor, y no acertando a encontrar las palabras convenientes, dijo con débil acento :

— Mi padre es el único que puede disponer de mí.

Y dicho esto, ruborizada, con el color de las rosas más encendidas, corrió a refugiarse junto al anciano sacerdote.

El joven quedó por un instante atónito, confuso, pensativo.

— ¿ Acaso esa mujer, ilusión de mi vida, no me ama ? ¡ Ah, no ! ¡ Ella misma acaba de confesarme su amor ! ¿ Pero Laitherón no es igualmente amado por ella ? O mejor, ¿ no ama Arcia únicamente a Laitherón y guarda para mí, sólo un profundo sentimiento de amistad ? ¿ Qué pasa aquí ? — preguntábase el cuitado Megara.

— Preciso es que esto se explique con claridad.

Tan intensa fué la preocupación en que le

sumió la respuesta que Arcia había dado a sus expresiones de amor que, sin reparar en cosa alguna, salió de casa de Lautero y se encaminó, como hierro atraído por el imán, a la del viejo Cunio, en busca de su lugarteniente y amigo.

Apenas le divisó éste, corrió hacia Megara con los brazos extendidos, diciéndole :

—Entra en esta casa, que es también la tuya, y descansa, pues noto que te hallas excesivamente fatigado. ¿Ha ocurrido alguna novedad que yo no sepa?

—La fatiga que observas en mí, Laitherón, no es tanto del cuerpo como del espíritu. He ido a casa de Lautero, y de allí vengo directamente. Ya ves, pues, que el trayecto no es para cansar a nadie — repuso Megara.

—¿Has tenido, quizá, algún mal encuentro en el camino? Confía tus pesares a la amistad, y no dudes de que si por mi parte puedo contribuir a tu dicha, siempre soy el mismo.

—Acabo de tener una corta pero interesante conversación con la hija de Lautero, la hermosa Virgen de Numancia, y a causa de ello se confunden de tal modo mis ideas y siento un ardor tan extraordinario en toda la sangre de mis venas, que no acertaría a expresarlo. Tú puedes,

quizá, aclarar mis dudas y calmar mis ansias.

—Si de mí depende, habla, manda y serás complacido — repuso Laitherón.

—Amigo, hermano mío, responde con toda sinceridad a lo que voy a preguntarte : ¿ Amas, por ventura, a la bella Arcia ?

—Sí, Megara, la amo como a la vida, como a la luz.

—¿ Y ella te ama a ti del mismo modo ?

—Sí, Arcia también me ama.

—¡ Por vez primera en tu vida, acaban tus labios de proferir una mentira !

—¡ Megara ! — rugió Laitherón. — ¡ Pon cuidado en lo que hablas ! ¡ Mi boca no ha mentido ni mentará jamás !

Y se puso vivamente en pie.

—Siéntate, y óyeme. Cálmate, que yo vengo en busca de calma, y si tú te alborotas acabarás de exasperar el furor de que estoy poseído.

—Te escucho — dijo, algo más sosegado, el hijo de Cunio.

—Dices — prosiguió Megara — que Arcia te ama. Entonces, ¿ cómo se explica que me haya hecho igual manifestación, que me haya confesado que todo su amor es para mí ?

—¡ Mientes ! — exclamó a su vez Laitherón.

— Mi Arcia, la vida de mi vida, la luz de mis ojos, no puede amar a otro que aquel a quien ha jurado eterna fe, ¡ y ese soy yo ! ¡ Ella no te ha dicho, no ha podido decirte que te ama !

Tocóle el turno a Megara de ponerse súbitamente en pie, y envolviendo a su rival en una mirada iracunda, repuso :

— ¡ Dices que miento ! Para probarte lo contrario, sólo hay un medio : ¡ ese ! — añadió, señalando a la espada que pendía de sus hombros.

— ¡ Por las iras de Vulcano ! — exclamó fieramente Laitherón. — ¿ Es que tú amas a Arcia ?

— Amarla no es la frase — contestó Megara. — La adoro, la quiero y la deseo, la llevo grabada en lo más recóndito de mi corazón de tal suerte, que mientras este corazón aliente, vivirá Arcia dentro de él, aunque, por mi desgracia, llegase a ser la esposa de otro, aunque se llegase a pervertir, lo que no espero, y ser la esclava de los placeres del primero que se cruzase en su camino.

— Repórtate a tu vez, pobre Megara, y pues que es imposible que tú y yo mintamos, y menos todavía que ella sea mendaz en amor, vea-

mos de conciliar esos extremos, en apariencia contradictorios, y busquemos la solución de ese enigma fatal que nos abrumba.

—¿Cómo puede esto conciliarse? — replicó Megara. — Veo, sin embargo, un medio: el amor que profesa a uno de los dos no es incompatible con el afecto de sincera amistad hacia el otro. Una mala inteligencia acerca de cuál de los dos puede aspirar a la amistad, es causa de la confusión. Hay, pues, que aclarar, quién será el amante de la beldad y quién el amigo.

—El amante soy yo — repuso Laitherón, — pues que la amo desde mucho antes que tú.

—No, eres el amigo, porque mi amor por Arcia es bastante más antiguo que el tuyo: la adoro desde que tengo uso de razón.

—¡Acabemos! — repuso Laitherón, ya fuera de sí. — Supuesto que los dos amamos a la misma mujer y que ésta no se puede partir en dos, o sobre yo o sobras tú. ¡Callen, pues, las lenguas, y hablen las espadas!

—¡Así te quiero! El caso no admite otra solución. Lo único que podría romper nuestra amistad, ha sobrevenido, fatalmente. Preciso es que uno de nosotros arranque de su pecho esta

pasión que ambos sentimos, o que el otro le arranque la vida.

—Y como no es posible — replicó el hijo de Cunio, — ni quiero, ni tú querrás tampoco renunciar al amor de Arcia, forzoso será que mueras a mis manos.

—O tú a las mías.

—¡ Mal amigo ! ¡ Desleal !

—¡ Felón ! ¡ Deslenguado !

—¡ Al combate !

—¡ A las armas !

—¡ Ahora mismo !

—Sea.

—¿ Dónde ?

—En el jardín de Vulcano — concluyó Megara.

A paso ligero, como si acudieran a una cita amorosa, se dirigieron al sitio indicado.

Era éste el propio jardín de la casa de Laute-ro, que tenía entrada abierta al público por la parte opuesta a la fachada de la casa, con objeto de que pudiesen a todas horas acercarse los suplicantes al altar de Vulcano allí existente y hacer sus peticiones al dios.

Frente a frente, en medio de la plazoleta que se abría ante el altar, Megara y Laitherón die-

ron comienzo a un combate personal, digno del alto valor de entrambos guerreros.

Durante largo rato lidiaron con desnudo, espada en mano.

Un silencio sepulcral, sólo turbado por el violento choque de las aceros, permitía oír a intervalos la jadeante respiración de los contendientes.

Arcia, que se hallaba preparando unas guirnaldas al otro extremo del jardín, percibió el ruido del combate y atisbando oculta tras de un seto vivo, reconoció, a pesar de la distancia, a sus dos adoradores.

El corazón de la muchacha parecía que iba a estallar en su pecho.

Permaneció un momento como petrificada; pero, repuesta en seguida, el amor le prestó sus alas y corrió como corza perseguida por los lobos al encuentro de su padre, en cuyos brazos se arrojó, murmurando con voz apagada palabras de excitación al gran sacerdote para que acudiese a evitar una catástrofe.

El combate sigue, entretanto, con el mayor empeño.

De pronto, la espada de Megara se rompe; la hoja, desprendida del puño, salta lejos, y el

guerrero se queda con un pedazo de hierro inútil en la mano.

Lo arroja, y desviando el brazo del contrario que empuña aún el arma mortífera, se aferra a él y logra coger por la hoja la espada que trata de arrebatarse a su poseedor.

Laitherón resiste y procura retenerla, rechazando a su agresor.

Los dos adversarios, ciegos de furor, se golpean con las cabezas, mezclando sus enmarañadas cabelleras, como se confunden en mortaliña las melenas de los leones en celo a la vista de una hermosa hembra de ojos tiernos.

El sudor baña sus frentes y sus pechos, y la espada tenazmente disputada da mil vueltas entre las robustas manos de los combatientes.

El éxito de la lucha permanece indeciso, cuando se deja oír la voz potente de Lautero que se acerca, acelerando cuanto puede su tardo paso, al lugar de la lucha.

—¡ Deteneos, jóvenes insensatos ! ¡ Abajo las armas !

La infortunada Arcia, que casi no puede sostenerse en pie, temblando de terror y de emoción, avanza lentamente apoyada en dos esclavos.

vas y con la mirada fija en el cielo, como pidiéndole protección en el doloroso trance.

Los jóvenes guerreros ven al anciano sacerdote, distinguen más allá a la amada de sus corazones, y se separan bruscamente.

Laitherón, que ha conservado su espada, la arroja al suelo.

El aspecto de Lautero es imponente. Sus ojos fulminan rayos de indignación. El furor de que está poseído hace temblar su lengua y plateada barba. Sus manos crispadas arrojan el báculo y parece que quieren estrangular a los impíos que han profanado el lugar sagrado.

Y les increpa :

—¡ Viles ! ¡ Cobardes ! ¡ Indignos de ser ciudadanos de Numancia, indignos de ser hijos de vuestros padres ! ¡ Tigres sedientos de sangre, malos amigos, imprudentes, orgullosos, procaces, sacrílegos ! La maldición del dios...

La voz del pontífice se asemejaba a un trueno. Al oír la palabra dios, Arcia dió un grito :

—¡ Padre !

El sacerdote la oyó, y completó la frase, diciendo :

—¡ La maldición del dios acompaña siempre al perverso y al criminal !

Megara hizo ademán de querer hablar.

—¡ Cierra los labios! Los hombres que proceden como vosotros acabáis de hacerlo, no tienen el derecho de proferir una sola palabra en su justificación o defensa. Retírate, hija mía — añadió, dirigiéndose a la conturbada joven; — las divinidades supremas bendicen tu bella acción. A ti deberán estos desgraciados su existencia y su arrepentimiento. No debes oír lo que aun tengo que decirles.

Arcia se retiró, después de dirigir una dulce y melancólica mirada a sus dos adoradores.

—¡ Alzad esas cabezas y miradme! — prosiguió Lautero. — Conozco la causa de vuestra contienda. Os batís por una mujer, por mi hija, porque los dos afirmáis que os inspira amor. ¿ Creéis, acaso, que la amáis más que yo? ¡ Más que yo que soy su padre, su dueño y su señor, porque de mí ha nacido, de mí procede y a mí me pertenece porque es sangre de mi sangre! ¡ Insensatos! ¿ Por mucho que valga una mujer, puede ponerse en parangón con la patria? Ahora ésta se halla en inminente peligro, vosotros lo sabéis, ¡ y queréis ofrecer a toda Numancia el espectáculo de una lucha de ridículos celos en detrimento de la patria que agoniza por

falta de defensores, no ignorando que la vida de los numantinos es preciosa y que la vuestra, así por vuestro valor como por el cargo que os ha sido confiado es también, además de preciosa, necesaria! ¿Qué lograréis con mataros uno a otro? ¿Esperáis imponer vuestra voluntad, vuestro capricho a la virgen que os disputáis como si fuese una presa vuestra, o a su padre, a mí, a quien parece que queréis arrebatarla? Viejo soy, pero a pesar de mis años, el amor paternal, superior en más de cien codos a vuestra fementida pasión, me dará valor y fuerzas suficientes para defenderla de vosotros. No, no es así como se alcanza la posesión de una esposa fiel y amante. No es olvidando vuestra amistad, vuestro cariño de hermanos, que era ejemplo vivo de la fraternidad en toda la región de los arévacos, como deben proceder los hombres que por tales se tienen. No es posponiendo la patria a los amores mujeriles como se forman los héroes y los padres de familia como vuestros padres y vuestros abuelos.

El anciano hizo una pausa, que los dos jóvenes no se atrevieron a interrumpir, y lanzando un hondo suspiro, prosiguió :

—¡ Ah, hijos míos, deponed las armas, reco-

brad vuestra perdida calma, que renazca entre vosotros la amistad fraternal que os distinguía! Sea vuestro único pensamiento la salud de la patria, y yo os prometo que entregaré mi hija al primero de vosotros que me traiga la mano de un enemigo de Numancia, cortada en su mismo campamento. Esa lucha noble de emulación será digna de vosotros, digna de mí y digna de aquella que ha de ser el premio de la hazaña. Y ahora, acercaos a mí, venid a mis brazos, quiero que os deis el ósculo de paz, como amigos verdaderos. ¡ Os lo exijo en nombre de mi hija!

Los dos jóvenes, que durante el largo discurso del venerable sacerdote se sintieron invadir de intensa emoción, se precipitaron a los pies de Lautero, murmurando entre sollozos que no trataban de contener:

—¡ Perdón!

—¡ Perdón!

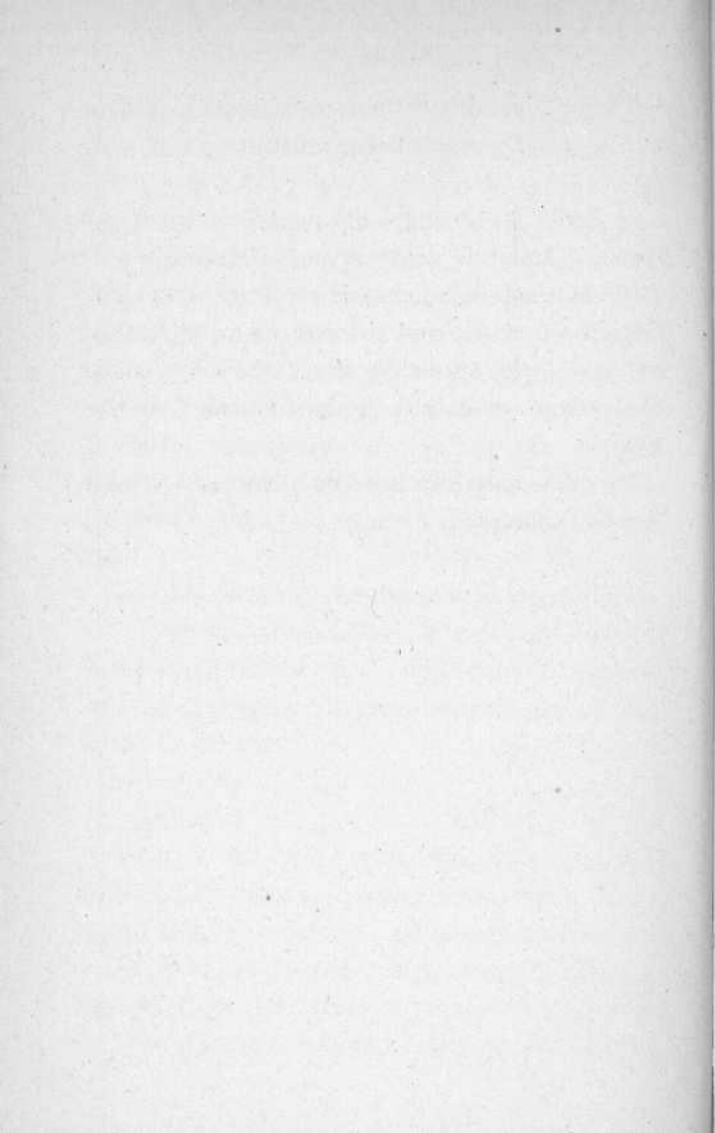
—¡ Aquí, sobre mi pecho, hijos míos, y a fuer de tales, hermanos, siempre hermanos! — exclamó el gran sacerdote, no menos conmovido.

Un instante después, Megara y Laitherón, sinceramente reconciliados, caían uno en brazos de otro, dándose un ósculo fraternal, sin acertar

a comprender cómo habían perdido el juicio hasta el punto de querer beber mutuamente su sangre.

—Repito lo ofrecido, hijos míos — dijo Lau-tero. — Aquel de vosotros que primero me presente la mano de un enemigo cortada en el campamento romano, será el esposo de mi hija. Ahora, que el dios ante cuyo altar habéis empeñado el sacrílego combate os perdone y designe el elegido.

Los dos mancebos salieron silenciosos y cogidos de la mano.



VII

JÚBILO Y ESPERANZA

La súbita reaparición de Megara entre sus conciudadanos, desvaneció la tristeza y el pesimismo que se había apoderado de todos ellos.

Parecíales que su sola presencia era prenda segura de victoria, y que no podía por menos de haber alcanzado promesas y compromisos de un pronto socorro.

Comparaban al joven caudillo con el malogrado Viriato, aliado fiel de Numancia, en mal hora asesinado por los mismos amigos suyos que envió como embajadores al infame cónsul Quinto Servilio Cepión, quien a fuerza de oro y de promesas logró corromperlos.

Se ignora de dónde ni de quién partió la idea de celebrar con solemnidades religiosas, cívicas

y militares el regreso del general ; pero lo cierto es que a toda prisa se improvisó una fiesta, a pesar de las tribulaciones y escasez que afligían a la ciudad.

Al amanecer del día siguiente al del regreso de Megara, se levantó en la mayor de las plazas un rústico dolmen o altar en el que debían ser sacrificados a Vulcano, representante del Sol, tres de los prisioneros más caracterizados que desde los primeros años de la gran guerra vivían miserablemente en las cárceles de Numancia.

Apresuradamente hiciéronse los preparativos necesarios para la ceremonia que los numantinos habían conservado de los celtas, primeros pobladores de la España Ulterior.

Seis sacerdotes jóvenes, vestidos con blancas túnicas y ceñidores escarlata, coronados con la simbólica verbena, esperaban, tres a cada lado de la losa del sacrificio, colgadas de sus hombros las hoces sagradas, la aparición de las víctimas que debían ser inmoladas a los manes de la ciudad.

Algo separados del ara fatal, un grupo de sacerdotisas, cubiertas con velos de gasa blanca, coronadas sus puras frentes con la sagrada hierba y sueltos sus cabellos, asistían, por pura fór-

mula, al sacrificio, cuya consumación les estaba reservada, en otros tiempos, en los cultos de los celtas.

Suavizadas un tanto las costumbres, había caído en desuso esta bárbara práctica, y fué confiada la misión de victimarios a los sacerdotes, conservando las vírgenes sagradas, como emblema de su antiguo cargo, hoces de oro que empuñaban en semejantes solemnidades.

Arcia no asistió a la fiesta religiosa. Una indisposición nerviosa reteníala en cama, presa de ligera fiebre causada, sin duda, por las impresiones que el día anterior recibiera.

Numerosísimo concurso de ciudadanos de todas las clases, edades y categorías, hombres, niños y mujeres, llenaban por completo la gran plaza.

Algunos guerreros mantenían el orden entre la multitud, impidiéndole acercarse demasiado al altar y al recinto en que se había de consumir el sacrificio.

El gran sacerdote Lautero, no tardó en presentarse, y apenas hubo tomado asiento en un trípode de bronce, junto al ara, apareció la triste comitiva que conducía a las víctimas.

Estas eran tres : un anciano, fuerte y vigoroso

so aún, un hombre en todo el vigor de su edad, y un joven, casi un niño, pues apenas contaba diez y seis años.

Los sacerdotes entonaron un cántico extraño de guerra y de muerte, y apenas hubieron terminado, quedó consumado el horrible sacrificio.

Dos bardos, viejo el uno, vestido de blanco y coronado con ramitas de encina, y el otro, joven, ostentando en la cabeza una guirnalda de yedra, improvisaron nuevas composiciones poéticas que participaban del doble carácter religioso y guerrero de sus autores y de sus oyentes.

El gran sacerdote dió fin a la ceremonia con una breve pero enérgica arenga, excitando a su pueblo a no desmayar jamás en la senda de las virtudes y asegurando que la ciudad perecería antes que rendirse a las exigencias de Roma.

La multitud, hondamente impresionada, pero fuertemente persuadida por la elocuencia fogosa de Lautero, desfiló en silencio, y cada cual se retiró a su hogar.

A la hora en que el sol se hallaba en el punto culminante de su cotidiana carrera, se celebraba en la misma plaza en modesto y fraternal festín en honor del general Megara y de los más

distinguidos jefes del reducido pero formidable ejército numantino.

Mendibil lo presidía, y en él, a pesar de la escasez y vulgaridad de las viandas que se sirvieron, pues no consentía otra cosa la falta de vituallas que sufría la ciudad sitiada, el entusiasmo patriótico se manifestó en toda su rudeza y con la mayor energía.

Junto al sitio que ocupaba Mendibil, un guerrero sostenía el estandarte sagrado que guió siempre a la victoria a los numantinos.

Sujeta a un ástil de fuerte roble, una piel de lobo, sin curtir, ondeaba al viento: la cabeza, vacías las cuencas de sus ojos, convertidos en dos tétricos agujeros, y las garras del animal, daban a la patriótica enseña un aspecto siniestro.

¡Extraña coincidencia! En la punta de las astas de algunos haces de armas de los legionarios romanos, figuraban pequeñas lobas de bronce, recuerdo de la loba capitolina que es fama amamantó a los hijos de Lavinia, Rómulo y Remo.

La piel natural de un lobo simbolizaba con más salvaje realismo el fiero valor de los hijos de Numancia.

En frente de esta enseña se izó una especie

de bandera no menos extraña : un trapo de fina lana teñido de amarillo color, símbolo de la venganza, fué unido por medio de clavos al palo de una lanza de combate, y se mantuvo enhiesta junto a la mesa del banquete.

Sentados uno al lado del otro, Megara y Laiterón, sinceramente reconciliados, recibían los homenajes debidos a su valor y los honores que correspondían a su cualidad de jefes del ejército. Todo el mundo ignoraba, incluso los padres de los interesados, Cunio y Mendibil, la escena ocurrida el día anterior en los jardines de Vulcano.

Megara dió cuenta a los reunidos de las incidencias de su viaje ; contó hasta en sus menores detalles las gestiones que hizo en demanda de auxilios para la guerra, la simpatía que todas las ciudades exteriorizaron por la causa de los numantinos y el fracaso de sus gestiones a pesar de aquellas simpatías.

Refirió, no con esa falsa modestia, hoy en uso, bajo la cual suele ocultarse el orgullo y la petulancia más desmedidas, sino con la ingenuidad de un niño, los hechos de alto valor que se vió obligado a ejecutar en más de una ocasión.

Sus palabras provocaban tempestades de aplausos, rugidos de rabia, carcajadas que celebraban algún chiste picante, clamores y excitaciones al combate.

Naturalmente, se hicieron las acostumbradas libaciones con sangre de caballo, servida por algunos soldados en huecos y retorcidos cuernos de toro llenos del rojo y espumoso líquido recién salido de las heridas y caliente todavía.

Todos apuraron con deleite la bebida nacional, haciendo votos por la prosperidad y el triunfo de la ciudad.

La carne de los caballos sacrificados, alimento que hacía algún tiempo escaseaba en la ciudad, fué repartida al pueblo, que la recibió con avidez.

Hechas nuevas libaciones con una bebida llamada *celia*, que se confeccionaba con trigo fermentado, y repartida otra de vino generoso en cortísima cantidad, prorrumpió la multitud de comensales en un cántico de guerra que resonó imponente, grave y solemne como un reto de muerte al invasor.

Esta fué la señal de la terminación del festín, después del cual quiso Megara hacer el recuento de sus tropas, inspeccionar los depósitos y almacenes así de armas como de vituallas y

enterarse de todo cuanto convenía que conociese el jefe superior del ejército numantino.

Este no contaba más allá de cuatro mil hombres de guerra. De los ocho mil que lo componían, la mitad había perecido gloriosamente en los frecuentes combates ocurridos en los catorce años que llavaba de guerra sin tregua.

Mas, si el número de soldados había disminuído, el depósito de armas había aumentado considerablemente : tan grande era la cantidad de lanzas, espadas y ballestas que habían tomado los de Numancia a los romanos, que hubieran podido armar con ellas a todo un ejército.

La provisión de máquinas de guerra y aun de enseñas militares arrebatadas al enemigo, tampoco era escasa : los arietes, los testudos, las haces de los lictores y las águilas que congregaban bajo sus alas de bronce a las legiones, amontonábanse en los depósitos como trastos viejos.

Los víveres, empero, escaseaban de un modo alarmante. Unos pocos sacos de trigo y harina, cebada en corta cantidad y algunos flacos y macilentos bueyes de labranza que el sitio obligaba a permanecer ociosos, constituían las provisiones de los sitiados.

No por eso se arredraban los numantinos.

—¡Iremos a proveernos de víveres al campamento de los romanos! — decían animosos.

Laitherón y Megara, inseparables como antes de su riña, recorrían todos los puntos estratégicos de la ciudad, mientras su conversación giraba alternativamente sobre la suerte que el porvenir reservaba a la patria y acerca de la especie de pugilato que les había impuesto el padre de la amada Arcia para obtener la mano de esta hermosa doncella.

—Soy capaz — decía Megara — de ir a cortar la mano del propio Escipión.

—El premio ofrecido no vale menos que eso — repuso Laitherón.

—¿Y cuándo vamos a hacer la prueba, amigo mío?

—Cuanto antes mejor. Esta misma noche, si te parece bien.

—Sea esta noche.

—Nadie debe tener noticia de nuestra salida — observó el lugarteniente.

—¿Y si no regresamos? — objetó prudentemente Megara. — Podemos encontrar en la excursión la muerte o el cautiverio.

—Si no he de ser el afortunado vencedor, ¿qué me importa la muerte ni la esclavitud?

—Laitherón, ¿será preciso que te recuerde las palabras del padre de Arcia? Ni tú ni yo tenemos el derecho de morir. La patria exige que vivamos y que no sacrifiquemos nuestras vidas sino en su servicio.

—Tienes razón — exclamó tristemente Laitherón.

—Así, pues, esta noche...

—Sí, esta noche, amigo Megara.

—He aquí mi mano de amigo y compañero. ¡Que el éxito nos acompañe! Sólo deseo que vuelvas con un poco de retardo.

—Iguales aspiraciones abrigo; déjame un sólo instante de ventaja, y trae, si puedes, las manos de toda esa legión de enemigos.

—Prudencia, valor y conformidad con lo que decida la suerte. El loco azar es hijo de la divinidad.

—Así será. El deber nos lo impone, y cuanto más cuesta el cumplimiento del deber más mérito tiene. Verdad es que en nuestro caso nos consolará la idea de que el infortunio propio envuelve la dicha y la felicidad suprema del amigo.

—A media noche iré a buscarte a casa de tu padre, querido Laitherón.

—Allí te aguardaré, querido Megara.

VIII

LA SALIDA

En el preciso momento en que la posición de las estrellas señalaba la hora convenida, Megara llamaba golpeando con una piedra en las puertas de la casa de Cunio.

Su amigo, que le esperaba impaciente, se lanzó a la calle, no sin antes besar la mano de su padre, ya acostado a aquella hora avanzada de la noche.

—¿A dónde vas, hijo mío?

—El que llama es mi amigo y jefe, el intrépido Megara.

—No le hagas esperar.

—Hasta mañana, padre ; queda tranquilo.

—Que los dioses te acompañen.

Laitherón volvió a besar la diestra de su padre con desusado ardor, y partió.

Mas, apenas hubo abierto la puerta, retrocedió, pasmado.

Un soldado romano, armado de todas armas se hallaba frente a él.

Rápido como el rayo, Laitherón desnudó su corta espada e iba a lanzarse sobre el supuesto enemigo, cuando oyó la voz de Megara.

—¿No me conoces?

—¡Cómo había de conocerte bajo ese odioso disfraz!

—Me es tan odioso como a ti; pero lo uso como estratagema que facilitará mi empresa. Te aconsejo que me imites: toma un traje igual al mío, y partamos.

—¿Dónde encontrarlo?

—Desmemoriado estás, amigo Laitherón. En el depósito de armas tomadas al enemigo, hallarás cuanto desees. El Alcázar no está lejos.

—¡Por la faz radiante de Vulcano que tienes razón! Aplaudo tu idea, que no se me hubiera ocurrido jamás. Ciertamente, vales más que yo. Verdad es que está muy puesto en razón: el jefe debe valer más que su subordinado.

—No soy tu jefe, por lo menos en esta ocasión. sino tu amigo, tu hermano, y ambos va-

mos a poner a prueba por igual nuestro valor y nuestra buena suerte.

Se abrazaron con fruición y partieron.

Poco después, dos soldados, romanos, al parecer, escalando las débiles murallas de la ciudad, saltaron al campo exterior, burlando la vigilancia de los centinelas.

Arrastrándose como reptiles y aprovechando todas las escabrosidades del terreno, Megara y Laitherón, que no eran otros los soldados, se alejaron en dirección al campamento romano.

No llevaban otras armas que afiladas y cortas espadas ibéricas, en cuyo manejo eran consumados maestros.

En breve llegaron al pie del murallón que resguardaba el recinto del campamento por la parte que daba vista a la ciudad sitiada, pues es de saber, que tal era el elevado concepto que el grande Escipión tenía del valor y arrojo de los numantinos, que a pesar de hallarse al frente de setenta mil soldados aguerridos sitiando a una ciudad que no pasaba de treinta mil habitantes, de ellos sólo cuatro mil hombres de guerra, creyó necesario levantar entre su ejército y sus enemigos una verdadera muralla de piedra, dándose el caso, único en la historia de la gue-

rra, de que, invertidos los papeles, el ejército sitiador parecía ser objeto de un temible asedio.

Al llegar allí, los dos valientes exploradores diéronse en silencio un apretón de manos, y echaron cada cual por su lado, a la derecha uno y a la izquierda el otro.

Atento el oído y conteniendo hasta el aliento para no ser descubiertos, buscaban un punto de la tosca pared donde poder sentar el pie y con la ayuda de la espada, de la que podrían servirse a modo de escarpia, ganar lo alto de la muralla por medio de un temerario escalamiento.

Casi al mismo tiempo, sin saberlo uno del otro, dieron con el sitio a propósito, y subiendo penosamente a fuerza de habilidad y energía, sentaron sus plantas sobre la muralla enemiga.

Megara tenía el intento de arrastrarse hasta el primer centinela que alcanzase a divisar, abalanzarse a él, degollarle de un solo tajo, cortarle la diestra y regresar a todo correr hacia la ciudad, llevando consigo el sangriento trofeo que había de ser para él prenda segura de felicidad.

Oculto en la sombra espiaba con ojo avizor el paso del descuidado centinela ; pero fué en vano.

Impaciente el intrépido numantino, adelantó algunos pasos sin producir el más leve ruido,

y llegó a una especie de caseta o garita que, seguramente, debería servir de resguardo a su víctima.

Rápidamente se formó un plan. Rastreando como el gato que acecha al descuidado pajarillo avanzó silenciosamente, y al llegar junto a la garita se precipitó como un alud dentro de ella con tal ímpetu, que su espada quedó clavada en las tablas de la caseta. Mas, ¡oh desilusión!, allí no había ser humano viviente.

Junto a la garita, una rampa bastante pronunciada facilitaba el descenso al campamento, cuyas tiendas silenciosas apenas se columbraban en la obscuridad.

Latía su corazón con fuertes palpitaciones, pensando en que su amigo Laitherón habría logrado ya mejor fortuna, y avanzaba bajando la rampa con toda la precaución necesaria para no ser descubierto.

De pronto se detuvo, creyendo ver un bulto que se dirigía hacia él. En efecto, un hombre se acercaba. Megara no había sido descubierto, puesto que no dió señal alguna de alarma el que avanzaba.

Quieto, agazapado, aguardó el joven caudillo la aproximación del que ya había elegido por víc-

tima. Era un soldado que parecía joven y vigoroso y que caminaba sin recelo, silbando despreocupadamente un toque de guerra.

Al llegar a la altura del sitio donde Megara se hallaba en acecho, el soldado romano, sin decir palabra, dió un salto tremendo y atacó furiosamente al numantino, espada en mano. Este, a su vez, tiró una estocada formidable a su agresor, con ánimo de atravesarle la garganta; pero aquél esquivó el golpe, y ambos, deteniéndose bruscamente, exclamaron al mismo tiempo:

—¡ Megara !

—¡ Laitherón !

Permanecieron unos instantes silenciosos e inmóviles, temiendo que hubieran sido oídas sus involuntarias exclamaciones.

No oyeron, empero, el más leve rumor. Sólo el desapacible soplo de la brisa murmuraba tenues suspiros que parecían salir del pecho de algún desgraciado.

En el colmo de su estupor y de la extrañeza que le causaba tan inexplicable silencio, dijo Megara :

—No nos separemos, amigo Laitherón, y tratemos de averiguar a qué obedece la absoluta

falta de vigilancia que se nota en el campamento. Aquí ocurre algo extraordinario.

—Diríase — repuso el lugarteniente — que este campo está desierto. Desde que nos separamos al pie de la muralla, no he topado con ningún enemigo... Tienes razón : algo grave ocurre en el campamento.

—Yo tampoco he podido dar con ningún soldado. Juraría que el ejército romano ha abandonado el campo.

—¿Por qué motivo? Nosotros no le hemos atacado.

—Tal vez algún prodigio de los dioses protectores de Numancia les ha infundido un pánico irresistible y a su impulso han emprendido la retirada, o quizá la fuga.

—Salgamos de dudas, Megara ; es preciso explorar el campo.

—Al momento.

Procurando hacer el menor ruido posible, el ojo vigilante y ligero el paso, avanzaron juntos, espada en mano, hasta llegar a la primera fila de tiendas. De éstas unas estaban levantadas como si contuviesen a sus moradores, otras plegadas y otras caídas, derribadas, sin duda, por el viento ; pero no vieron ni un solo legionario.

Avanzaron más hasta el lugar donde acampaba la caballería romana. Notaron allí huellas recientes de considerable número de caballos, carros de guerra sin orden alguno de colocación y dos torres de madera, a propósito para ser transportadas en lomos de los elefantes de que disponía el ejército de Escipión ; pero ni un hombre, ni una bestia. La quietud, la soledad y el silencio eran completos.

Aquello les prestó nuevos bríos, y como si les hubieran nacido alas en los pies, recorrieron velozmente todo el campamento, deseosos de averiguar la causa de tan sorprendente abandono.

Seguros de que en los reales de Escipión no quedaba ser viviente, Megara dijo a su compañero :

—Es preciso volver a la ciudad sin pérdida de momento, convocar a los guerreros y a los ciudadanos, hacer una salida, destruir este campamento y, si la ocasión se ofrece para ello, dar la batalla a esos numerosos y cobardes soldados que huyen sin combatir. ¡ Vergüenza sobre ellos !

—Posible es que la retirada de los romanos sea una estratagema de guerra, una asechanza.

—No lo creo, Laitherón amigo, porque, ¿ có-

mo iban ellos a sospechar siquiera nuestra venida aquí? Tal vez sería verosímil tu suposición, si el enemigo hubiera tenido conocimiento de nuestro propósito.

—Sea lo que fuere, volvamos a Numancia, querido Megara, y de paso, pongamos fuego a todo lo que sea susceptible de arder en este campamento.

—No es mala idea ; así, a lo menos, tendremos alumbrado el camino de regreso.

Echaron yescas y aplicaron la mecha a varias tiendas que ardieron al punto como paja seca, mientras a todo correr los dos jóvenes buscaban la salida con dirección a la ciudad.

Llegaron a la muralla de piedra, pero no acertaban a encontrar rampa alguna que les permitiese subir a lo alto del muro y saltar al exterior.

A la claridad del incendio percibieron, al fin, un gran portalón abierto al pie del muro, que, sin duda, servía de salida del campamento. Junto a aquella puerta, cegada a la sazón con fuertes tablones de madera y barras cruzadas en todos sentidos, echaron de ver que habían dos arietes, con su formidable cabezota de carnero de macizo bronce fuertemente sujeto al extremo de

una viga colosal, lo cual daba el nombre a la poderosa máquina de batir.

Colgado el pesado armatoste, por medio de robustas cadenas de hierro, de una resistente ensambladura colocada sobre ruedas de anchas llantas, exigía, no ya para hacerla funcionar, sino para moverlo de su sitio, el esfuerzo de diez o doce hombres.

Pero nuestros dos numantinos, fornidos como dos Hércules y más ardientes por su entusiasta patriotismo que el decantado semidiós de los griegos, arrastraron una de las pesadas máquinas hasta la puerta condenada, y balanceando vigorosamente el ariete, hicieron retumbar por toda la extensión del valle de Numancia el estruendo de sus reiterados golpes.

La puerta cedió muy pronto y, derribados los pesados maderos que la cegaban, ofreció franco el paso a los dos héroes.

El estrépito producido por el ariete y los resplandores del incendio, percibidos desde Numancia, sembraron en ésta la mayor confusión y alarma, poniendo a todo el pueblo en expectación y a las tropas sobre las armas.

Algunos de los jefes subalternos corrieron a los domicilios de Megara y Laitherón, y con el

mayor asombro supieron que se hallaban ambos ausentes, sin que nadie pudiese decir adónde se habían dirigido.

Pronto cundió la noticia de la misteriosa desaparición de los dos jefes, y los padres de éstos, Cunio y Mendibil, presa de viva inquietud, se apresuraron a trasladarse a casa de Lautero para tomar consejo y resolución entre los tres.

—Venerable Lautero — exclamó Cunio al ver al sacerdote, — nuestros hijos han desaparecido de la ciudad. Se observan desde los muros cosas extrañas en el campamento romano, ruidos estruendosos, resplandores de incendios. ¿Qué será ello? Y nuestros hijos, los jefes de los bravos guerreros numantinos, ¿por qué no se hallan en sus puestos?

—En sus puestos se hallan, amigo Cunio, pues están en el campamento de nuestros enemigos. En los sitios de mayor peligro es donde hay que buscar a los héroes, y no en sus casas reposando como mujeres.

—Dinos lo que sepas, Lautero — interrumpió afanosamente Mendibil.

—Nada sé con certeza, porque nada me han dicho esos valientes jóvenes. Pero es suposición mía, y por cierto muy fundada, que allí, en el

campo de Escipión, es dónde debéis buscarlos. Los dos aman apasionadamente a mi hija, y habrán ido al campamento romano para traerle un regalo de boda digno de ella.

Aquí llegaba la conversación de los tres ancianos, cuando un gran tumulto de voces y gritos se dejó oír en la calle, al mismo tiempo que entraban en la casa Megara y Laitherón, vestidos aún con la indumentaria de legionarios romanos, y seguidos por la turba del pueblo que les aclamaba a grito herido.

—Venimos del campamento — dijo Megara — que hemos encontrado abandonado por el enemigo. El fuego cuyos resplandores llegan hasta aquí lo hemos ocasionado nosotros, y mientras las llamas destruyen las tiendas de los romanos venimos a reunir a nuestros intrépidos guerreros y volver con ellos a destruir lo que el incendio respete, a saquearlo todo y, si tenemos la fortuna de encontrar a las legiones, escarmentar a esos cobardes para que no vuelvan a presentarse delante de nuestra ciudad.

—¡ Viva Megara !

—¡ Viva Laitherón !

—¡ Vítor a los padres de la patria ! — gritó el pueblo.

—¡ Gloria a Numancia ! — exclamaron a una voz los dos jóvenes caudillos.

Lautero se precipitó con una ligereza que nadie hubiese supuesto en aquel anciano de casi ochenta años, a las habitaciones interiores, y reapareció a los pocos instantes conduciendo de la mano a su hija Arcia, radiante de hermosura y buscando con las miradas saturadas de dulzura los rostros queridos de sus dos heroicos adoradores.

Seguíanles un reducido coro de doncellas nobles y bellísimas, si bien sus gracias palidecían junto a la soberana belleza de la Virgen de Numancia.

El gran sacerdote y su hija, pulsando las cuerdas de los sistros que llevaban en las manos, entonaron un cántico de victoria, al que respondió el pueblo como una sola voz, presa de la más viva emoción y entusiasmo.

Cunio y Mendibil se conmovieron hasta el punto de no poder ocultar sus lágrimas.

Megara irguió su arrogante cabeza, a la manera de un león que sacude su melena, y clamó con voz que parecía el rugido del rey de las selvas :

—¡ Por la gloria de la patria, seguidme ! ; Al campamento !

Y como un alud que se desprende de la cima de un monte, arrollando todo cuanto encuentra por delante, así los numantinos, en correcto orden militar, se precipitaron a las puertas de la ciudad, corrieron al campamento en pos de sus adalides y se extendieron en ala en su interior, arrasándolo, destruyéndolo todo y llamando a voz en cuello a sus enemigos para que acudiesen a defender su hacienda y su honra de soldados.

Cuando más empeñados estaban los numantinos en su obra destructora, una legión completa de caballería romana apareció a su vista, y cargó sobre ellos al toque marcial de los clarines de guerra.

La sorpresa no fué bastante a intimidar a aquellos bravísimos ciudadanos.

Megara dió de viva voz la orden de formar el triángulo que en todas ocasiones les diera la victoria, y en un momento el compacto grupo de cuatro mil guerreros quedó formado con toda regularidad, erizado de lanzas por todas sus partes, ofreciendo impenetrable obstáculo al valor de los caballeros romanos.

A una nueva orden del jefe numantino, el

inmenso triángulo avanzó contra la caballería que empezaba a volver grupas ante el formidable ataque, cuando nuevos cuerpos de refresco, vélites, céleres y otros muchos combatientes, al mando de sus tribunos y centuriones, se presentaron por ambos flancos, amenazando envolver al pequeño ejército numantino.

Más de cincuenta mil legionarios entraron en combate contra Megara y los suyos.

El prudente y joven caudillo que vió claramente la imposibilidad de batir a un enemigo tan poderoso, dió la voz de retirada.

Ordenada y correcta se inició ésta hasta la salida del campamento ; se mantuvo la resistencia por algún tiempo ; pero, cuando los legionarios de Escipión hubieron salido a su vez al extenso valle que se extendía entre el campamento y la ciudad, el número abrumador y la disciplina militar de los romanos, obligó a acelerar la retirada que casi se trocó en huida.

Las huestes de Escipión clamaban, enardecidas por el entusiasmo ; victoria ! ; victoria !

Y no les faltaba razón.

Era la primera vez, durante catorce años de guerra encarnizada, que veían las espaldas de los numantinos.

El cónsul Escipión, jinete sobre un hermoso caballo blanco, la espada al cinto y con las manos desarmadas, contemplaba con tranquila mirada el curso del combate sin que su semblante dejase traslucir emoción alguna.

Volvieron los numantinos a encerrarse en el recinto de la ciudad, llenos de rabiosa ira los pechos y rojos de vergüenza los atezados rostros.

Tenían por deshonra una derrota que sus mismos adversarios reconocían ser más gloriosa que mil victorias.

IX

TRISTEZA Y DESALIENTO

Pocos hombres faltaban en las filas numantinas después del asalto al campo romano, de la terrible batalla y de la derrota que sufrieron casi a las puertas de la ciudad. No llegarían a treinta los que murieron gloriosamente y a poco más ascendía el número de heridos.

Los romanos, en cambio, tuvieron más de tres mil bajas en los legionarios, de los cuales casi la tercera parte cayó para no volver a levantarse jamás, bajo los certeros golpes de los guerreros de Numancia.

En uno y otro bando reinaba fatal desaliento.

Había entre los romanos muchos legionarios que hacían su primera campaña contra la renombrada ciudad y no se explicaban cómo sus de-

fensores no se habían entregado ya a los cónsules que durante los anteriores catorce años la combatieron ni cómo, por el contrario, habían alcanzado sobre éstos brillantísimas victorias. Mas después del combate que acababan de presenciar y en el cual tomaron parte, comprendieron claramente la triste verdad.

Con justicia se llamaba a aquella ciudad el «terror de los romanos» y «grande» la guerra que con ella sostenía la poderosa República.

Entonces se explicaban los sucesivos fracasos de Quinto Pompeyo, Popilio y del desgraciado Cayo Mancino, los cuales se vieron obligados repetidas veces a concertar tratados de paz verdaderamente humillantes para la República y para el ejército romanos.

Entonces comprendieron por qué los mejores generales de Roma no se atrevían a encargarse de la dirección de la guerra de Numancia, lo que hizo necesario que el más preclaro de ellos, Escipión el Grande, se ofreciese a terminarla destruyendo, si era preciso, la noble ciudad, como había destruído la de Cartago y antes a Cartagena en el Mediodía de la España Ulterior.

Los jefes superiores del ejército de Escipión, comentando tristemente la última batalla, con-

venían en que con otras victorias como la que acababan de conseguir, forzoso les sería levantar el cerco y regresar a Roma como vencidos, inutilizados.

Los numantinos, por su parte, acostumbrados a derrotar a los ejércitos sitiadores cuantas veces les habían presentado batalla, fueron presa del mayor abatimiento al considerar que habían sido rechazados en aquella ocasión y, lo que era peor, habíanse visto obligados a ganar las puertas de la ciudad en una retirada que más bien parecía una fuga.

Los jefes del ejército, reunidos con los ancianos en el templo de Vulcano, departían, sumidos en la más honda aflicción, acerca de lo que convenía intentar en lo venidero.

—No nos queda otro recurso que pedir la paz — dijo melancólicamente uno de los jefes subalternos, el esforzado Rethógenes. — Los víveres que poseemos son escasos y están averiados. Muy pronto el hambre nos hará una guerra más cruel que el propio Escipión. Nuestras fuerzas decaen cada día; nuestros valientes guerreros no son inmortales y disminuye su número en cada combate. ¿Qué podemos hacer, pues? Es ignominioso, lo confieso, pero la necesidad ha-

bla muy alto para que desoigamos su terrible voz.

—Podríamos enviar embajadores a Escipión — insinuó Lautero. — El cónsul es hombre de temple muy distinto de sus antecesores. Noble y generoso, valiente y leal, no dudo que recibirá a nuestros enviados como corresponde. Lo que sí dudo es que se halle dispuesto a celebrar un tratado.

—Intentémoslo, por escasas que sean las probabilidades — dijo Cunio, el jefe cívico. — ¡ Es preciso aventurar la prueba !

Reinó, dichas estas palabras, un silencio imponente, que cortó el sacerdote Lautero, diciendo :

—Deseo oír el parecer de Megara y el consejo de su padre, Mendibil. ¿Qué creéis que debemos hacer?

Mendibil extendió el brazo, y levantando su temblorosa mano, exclamó :

—¡ Antes morir que pedir la paz ! La sola proposición de tratar con el romano es una cobardía y una infamia. ¡ Antes que pasar por semejante humillación, hundamos las espadas en nuestros pechos, destruyamos por nuestras propias ma-

nos la ciudad y busquemos la paz en el único sitio donde se la encuentra, en el sepulcro !

—Habla tú, Megara.

—¿Cómo puede hablar aquí el jefe de los vencidos? — replicó el interpelado. — ¿Cómo hablar el que iba al frente de los que volvieron el rostro al enemigo? Confiad el mando de esos rudos guerreros a otro jefe más experto y permitidme combatir a vuestro lado, si todavía me tenéis por digno de ello.

—No te toca a ti — respondió vivamente su padre, — sino a los ancianos disponer lo que has de hacer o de omitir. Inspirados en la salud de la patria, los ancianos resolverán lo que a todos conviene.

Después de una deliberación empeñada y prolija, se nombró a Rethógenes y a otro guerrero llamado Aluro para que visitasen a Escipión y le propusieran un tratado de paz.

En el acto se dispuso lo necesario para que la embajada resultase lo más solemne posible.

Rethógenes y Aluro, vestidos con sus mejores galas, coronados de olivo sus yelmos empenachados y montados en el más brioso y hermoso caballo que se pudo hallar, salieron de la ciudad, precedidos de cuatro guerreros, jinetes dos

en cada caballo, según costumbre de los numantinos, y seguidos de una escolta de hombres de armas, montados en diez corceles.

Entre los guerreros que abrían la marcha, un mulo, ricamente enjaezado, llevaba sobre el lomo un abultado fardo de enseñas militares y haces de armas en las que se ostentaban las águilas y las lobas de bronce que los numantinos habían tomado a sus enemigos en las anteriores campañas, presente que el honor numantino ofrecía al honor romano, para que Escipión se mostrase más propicio a atender las demandas que le iban a dirigir.

A la vista de la extraña cabalgata, el muralón de piedra que protegía el campamento romano se cubrió de soldados ávidos de contemplar y de averiguar el intento que allí les llevaba.

La comitiva se detuvo a tiro de ballesta de la muralla, y hecho alto, se adelantaron solos Rethógenes y Aluro que, como se ha dicho, cabalgaban los dos en un mismo corcel.

Apenas el caballo que los conducía hubo avanzado unos pasos, se detuvo de nuevo, y sus jinetes, irguiendo cuanto les fué posible sus ca-

bezas, cubiertas de almetes de hierro, agitaron en el aire repetidas veces una rama de olivo.

Era esta la señal de paz.

Con una seña semejante contestaron los sitiadores invitando a los que llegaban a que se acercasen.

Abrieron la puerta violentada la noche anterior por los dos valientes amigos, y salió por ella un centurión, a caballo, seguido de una turma de caballeros pretorianos.

Ya en la puerta los embajadores numantinos, pidieron y obtuvieron en seguida ser presentados a Escipión.

Quedando el centurión en rehenes fuera del campamento, la escolta de caballería romana acompañó a Rethógenes y Aluro, con los ojos vendados, al alojamiento del cónsul, quien los recibió rodeado de los principales tribunos del ejército y de los caudillos de las legiones.

—Cónsul — exclamó Rethógenes, — la ciudad de Numancia, deseosa de terminar una guerra tan prolongada como sangrienta, que a unos y a otros nos tiene, desde catorce años ha, con las armas en la mano y el odio en los corazones, nos envía a ti para negociar con la República Ro-

mana un tratado de paz que nos convierta en amigos, hermanos y aliados.

—Gran satisfacción será la mía si tan halagüeño es el resultado de esta conferencia — repuso Escipión. — Roma no necesita de esa paz que vienes a ofrecerle, por más que la desea, aunque no teme la guerra. De todas maneras, el deseo de terminarla la anima, y a eso he venido yo a Numancia. Roma no abriga contra vosotros ira ni rencor alguno. El valor de los numantinos, su amor a la patria y sus virtudes cívicas y militares son justamente apreciadas por el Senado de la República, y ésta tendrá gran contento en concluir con vosotros un tratado de paz y amistad. Sólo una condición impone: la entrega de todas las armas que poseéis.

—Jamás admitirá Numancia la paz a ese precio — contestó Rethógenes. — Desde que dió principio a la guerra el alevoso asesinato del gran caudillo Viriato, nuestro fiel aliado, todos los cónsules que nos han combatido han pretendido lo mismo. Siempre nos hemos negado a pretensión tan injusta. Estamos dispuestos a ser vuestros amigos y aliados, pero no vuestros esclavos.

—No alcanzo a comprender cómo sea posible otra cosa.

—¡Jamás! ¡jamás! — dijo Aluro, interviniendo.

—El riguroso asedio que sufre vuestra ciudad, que no puede contar con recibir socorros, la falta de víveres que será absoluta dentro de poco, os obligarán a entregaros sin combate, pues no quiero exponer en una nueva batalla la vida de mis soldados, cuando puedo conseguir mi objeto sin derramamiento de sangre. Es cuestión de tiempo, pero la rendición es inevitable.

—Apelo a tu generosidad característica, Escipión — insistió Rethógenes. — Tú, el más preclaro de los generales de la República, el guerrero ilustre que ha expulsado de las Hispanias a los cartagineses, el vencedor de Aníbal, el genio de la guerra, el destructor de Cartago, no eres como esos vulgares antecesores tuyos en esta guerra. Lo que han hecho los Pompeyos, los Mancinos y los Lépidos, no es digno de ti. Las altas dotes morales que reconocías poco ha a los numantinos, merecen que un hombre como tú las tenga en cuenta, persuadido de nuestra buena fe. En prueba de ello, Numancia te envía un valioso presente que ponemos, desde

luego, a tu disposición. Te entrega, por nuestras manos, las gloriosas enseñas militares de las cohortes romanas que durante la guerra han caído en nuestro poder. Digno te juzga Numancia de recobrarlas, y espero que sabrás apreciar el obsequio en su justo valor.

—¡ Nobles embajadores ! — exclamó Escipión. — Acepto conmovido el precioso regalo de esa heroica ciudad, cuya triste suerte soy el primero en deplorar ; pero las órdenes que tengo del Senado son precisas, y no puedo concertar la paz con vosotros sin la entrega previa de vuestras armas. Si otra cosa otorgase, el deshonor caería sobre mí, y sería merecedor de un castigo semejante al que sufrió el infeliz Mancino.

—¡ Así, pues, el pueblo romano es implacable ! — contestó Rethógenes. — Todavía recuerda Numancia el indigno trato de que los romanos hicieron objeto a ese desdichado cónsul, valiente soldado y enemigo leal, que mereció nuestra consideración si no nuestro afecto. ¿ Tan grande fué su delito celebrando un tratado con nosotros, que mereciese ser enviado desnudo y entregado como un criminal a sus enemigos ?

—Severo en demasía fué, quizá, el Senado. Vuestra conducta en aquella ocasión fué admi-

nable. Lejos de tomar venganza en el desventurado general le disteis un manto con que cubrirse y le enviasteis a sus compatriotas en vez de condenarle a morir como podíais hacerlo y como esperaba el Senado romano.

—Repito lo que en aquella ocasión dijo Numancia a los romanos : *El sacrificio de un individuo no puede compensar la violación de la fe pública.*

—¡ Ciertamente, nobles embajadores ! Volved a vuestros hogares, pensad en lo que acabo de deciros y comunicadlo a los numantinos. Vuestro interés consiste en rendiros al poder irresistible de Roma. Al hacerlo así, quedaría a salvo vuestro honor y vuestra acreditada bravura. Roma, por su parte, no perdonará medio, yo os lo juro, para proporcionaros todas las ventajas de su brillante civilización. Y pues es justo corresponder con otro presente al que de vosotros he recibido, creo que ninguno puede ser para vosotros más útil y agradable que proporcionaros algo que comer. Haré que os entreguen doscientos sacos de harina de trigo, pues sé que Numancia tiene necesidad de tan precioso alimento. Eso no podrá prolongar, desgraciadamente para vosotros, por mucho tiempo la resistencia.

—¿No hay, pues, esperanza alguna de arreglo?

—Siempre la hay, mediante la entrega de las armas.

—¡Antes morir!

—Basta, podéis retiraros — repuso secamente Escipión.

Con la mayor pesadumbre en sus corazones, pero disimulándola admirablemente, atravesaron los numantinos con altivo continente los reales de Escipión, però sin que les vendaran los ojos, por orden expresa de éste.

Reunidos a sus compañeros y devuelto el centurión que con ellos quedara, volvieron grupas al campamento y se dirigieron a toda brida a la ciudad.

Cuando se conoció en ella el resultado de la embajada, la tristeza y el desaliento generales subieron de punto; pero en medio de su desesperación, todos los ciudadanos exclamaron como un solo hombre:

—¡Antes morir que entregar las armas!



X

RECURSO SUPREMO

Escipión, a fuer de experto general, reconocía que se hallaba frente a un enemigo con el que no podía descuidar los menores detalles del arte de la guerra, y estaba decidido a no empeñar combate alguno con los terribles y fieros numantinos.

Queriendo, sin embargo, deferir a los deseos de varios tribunos de su ejército, ganosos de entrar en batalla con los de Numancia, había imaginado y puesto en ejecución el aparente abandono del campamento para atraer a sus contrarios y trabar con ellos la lucha dentro de su propio recinto.

El resultado del combate que allí se realizó, afirmó más y más al cónsul en su propósito de

no provocar otro y dejar al tiempo la tarea de rendir a tan formidables enemigos.

Los numantinos, por su parte, hubieran querido entablar repetidas batallas con sus sitiadores ; pero fracasaron todas las tentativas que hicieron con tal objeto.

El ejército sitiador se limitaba a mantener el asedio, empleando la más exquisita vigilancia en un radio de algunas leguas a la redonda para impedir la entrada de refuerzos o de vituallas.

Megara y Laitherón habían relegado a segundo término el pleito de sus amores, porque el cumplimiento de sus deberes militares les absorbía por completo.

En frecuentes juntas con los ancianos, los denodados guerreros trataban de arbitrar medios para prolongar la resistencia que la escasez de víveres iba imposibilitando por momentos.

Rethógenes se presentó a los dos jóvenes caudillos en ocasión oportuna.

—Amigos míos — les dijo, — he discurrido un plan que no por ser casi desesperado quisiera dejar de realizar. La situación es insostenible, y precisa, cuando menos, intentar salir de ella.

—No deseamos otra cosa — contestó Laitherón.

—Habla — dijo Megara.

—Mi plan es muy sencillo. Saldré de la ciudad, recorreré las ciudades comarcanas, expondré a sus moradores nuestra situación desesperada, y no desconfío de traer importantes auxilios. Llamándoles al deber de la defensa de la patria común, puedo poner en armas al país, atacar a los romanos por la espalda, y, secundados por una vigorosa salida de los numantinos, posible sería que alcanzásemos sobre el enemigo una victoria que nos permitiese entrar a saco en el campamento y abastecer por largo tiempo a nuestra amada ciudad con el botín de víveres que allí recogeremos.

—¿Ignoras que la vigilancia de los centinelas de Escipión imposibilita por completo la salida de alguno de nosotros? — objetó Megara.

—A pesar de eso, saldré.

—¡Pobre amigo mío! — exclamó Laitherón. — Si eso fuese posible, aquí estamos tres dispuestos a realizarlo. Por desgracia, el intento sería correr a una muerte segura.

—No para mí. ¿Olvidáis que soy cazador de

fieras? Oídme, y os convenceréis de que mi plan no es irrealizable.

Y en breves palabras les expuso el proyecto que había meditado detenidamente.

Las explicaciones debieron satisfacer a los dos jefes, puesto que Megara exclamó, cuando el cazador hubo concluído :

—En verdad que jamás se me hubiera ocurrido semejante astucia. No hay duda de que lo que te propones es factible.

—No hay que perder tiempo, si lo has de llevar a cabo — observó Laitherón.

—Esta noche, si os parece... — empezó a decir Rethógenes.

—Conformes — interrumpió Megara. — Pero es conveniente que nadie se entere, pues, de lo contrario, podría fracasar.

—El secreto no saldrá de nosotros tres.

—Pues manos a la obra.

A eso de las diez de aquella misma noche, Megara y Laitherón recorrían el lado Norte de las murallas de la ciudad, llevando en medio de ellos un formidable oso, atado por el cuello con recias cuerdas. El animal caminaba con paso torpe pero ligero, hostigado por los venablos de sus conductores.

Los soldados que discurrían por la muralla, al encontrarse con sus jefes, no podían por menos que interrogarles.

—¿Qué es eso, Megara? ¡Buena caza, en verdad! ¡Qué fortuna! ¡Ahí tenéis carne para veinte banquetes!

—Se conoce — decía Laitherón, — que el animal estaba tan hambriento como sus cazadores, pues se atrevió a atacarnos al pie de los muros de la ciudad. Por suerte teníamos cuerdas y no ha sido difícil atarle.

—No os hubiera supuesto tan compasivos. Yo, en vuestro lugar, le habría hecho probar el filo de mi espada.

—Insigne torpeza hubiera sido. Muerto el animal hubiéramos tenido que arrastrarle penosamente o cargar con él, mientras que así viene por su propio pie, de grado o por fuerza.

El oso seguía caminando de mala gana y lanzaba resoplidos de rabia.

Llegados a un sitio de la muralla donde no podían ser vistos, Laitherón y Megara, se realizó un prodigio, en el que por nada entraban los dioses protectores de la ciudad.

El oso se levantó sobre sus patas traseras, y habló:



—Este es el sitio a propósito para mi escapatoria. Conque, tened la cuerda para que yo me deslice, y hasta la vista.

En un momento quedó desatado el animal, bajo cuya piel los dos jefes pudieron abrazar a su amigo el valeroso Rethógenes.

—Mucho cuidado — le dijo Megara — con no hacer fracasar tu plan. Excelente ha sido tu idea y feliz la circunstancia de que conserves en tu casa las pieles de las fieras que has cazado ; pero ten en cuenta que si bien es cierto que los romanos no podrán imaginar que es un oso parlante nuestro enviado a las ciudades amigas, pueden desear curar al humo un pernil del mamífero que atraviesa osadamente su campo.

—Nada temas ; seré cauto hasta la exageración, pues así es necesario para la salud de la patria. Por otra parte, abundan tanto los osos por estos alrededores, que nuestros enemigos estarán ya ahitos de su carne.

—No importa, sé prudente como has dicho.

Rethógenes, deslizándose por la cuerda que sus amigos sostenían, ganó el recinto exterior y se encontró en pleno bosque.

Inmediatamente el intrépido numantino requirió sus armas, dos afilados puñales : uno en

el cinto, sujeto por una correa de cuero y otro en las cáligas, y se ajustó sobre el pecho, brazos y piernas su extraña vestidura, de suerte que aun el más experimentado cazador hubiérale confundido con un oso natural.

Hecho esto emprendió la marcha, sorteando las dificultades por entre espesos matorrales y evitando las sendas del bosque, aunque eran poco frecuentadas y menos aún a aquellas horas.

Aunque el supuesto oso caminaba con precaución, esquivando desde luego los cuerpos de guardia de las atalayas enemigas, donde los señolientos romanos tenían establecidos sus vivacs, no le fué posible evitar que, al rodear un enorme peñasco, diera de manos a boca con un soldado que allí estaba de facción.

Sobrecogido de espanto, el legionario echó rápidamente mano de su espada; pero, antes que pudiera desnudarla, el oso cayó sobre él y le aterró con una herida tan tremenda en el cuello, que casi le separaba la cabeza de los hombros.

El soldado no pudo lanzar ni un gemido, y el oso, consumada su hazaña, se dió a correr con una ligereza inusitada en los animales de su especie, por entre rocas, malezas y pedruscos,

atravesó el límite de vigilancia de los soldados de Escipión, y respiró, al fin, a sus anchas, en pleno campo libre.

Después de un corto descanso a la orilla de un riachuelo tributario del famoso Duero, reanudó la marcha hacia una ciudad que se divisaba en lontananza.

Habíase, empero, despojado antes de su piel para caminar con mayor libertad y menos fatiga, y con ella a la espalda se dirigió derechamente a la población.

Era ésta ciudad de Lutia, distante seis leguas de Numancia, habitada por gentes de la misma raza que los numantinos, grandes amigos de éstos y muchos emparentados con ellos a causa de los numerosos enlaces que en tiempos anteriores se realizaban entre unos y otros.

Rethógenes fué acogido con muestras de cariño por los de Lutia, a quienes, después de informarles del desesperado estado en que Numancia se encontraba, y de contarles los actos de heroísmo realizados en la última campaña y la intransigencia de los romanos, les persuadió a que enviasen, con un cuerpo de guerreros escogidos, un abundante convoy de provisiones de boca a sus amigos de Numancia.

Rethógenes quedó satisfecho de su empresa ; mas al tratar de ponerla en ejecución, se malogró lamentablemente.

Al hacer la ronda acostumbrada al amanecer, el centurión encargado de este servicio, encontró, al pie del enorme peñasco que Rethógenes había tropezado en su camino, al infeliz centinela, tendido de bruces cuan largo era. Disponíase a despertarle con el cuento de su jabalina, pues le creía dormido, cuando observó, sorprendido, que la tierra que rodeaba al soldado estaba bañada en sangre.

—¡ Alerta, camaradas ! — gritó con voz de mando. — Aquí ha ocurrido algo extraño que no puedo explicarme.

Y dirigiéndose particularmente a un opción (1), añadió :

— Examina a tu compañero.

El opción se inclinó sobre el centinela y en seguida se incorporó, diciendo :

— El soldado ha muerto. Está rígido como una barra de hierro y frío como un bloque de mármol.

(1) Grado equivalente a nuestros sargentos.

—¿Dónde tiene la herida que le ha causado la muerte?

—En el cuello ; tiene la cabeza casi separada del tronco.

—¿No sospecháis quién ha podido matarle? ¡ Los numantinos, quizá !

—¡ Imposible ! — exclamó uno de los soldados. — La vigilancia que se ejerce escrupulosamente lo hubiera evitado.

—¿Recordáis algún incidente que os haya llamado la atención durante la noche? — preguntó el centurión.

—Desde el sitio donde yo me encontraba de facción — dijo un viejo soldado, — recuerdo que vi pasar por entre los matorrales un enorme oso, que precisamente llevaba esta dirección. Como esos animales abundan mucho en el país, no le di importancia ninguna.

—¡ Explicado el misterio ! — exclamó el opión. — La bestia habrá sorprendido al soldado medio dormido, y ha dado buena cuenta de él.

—Nada de eso — replicó el centurión. — Las garras ni los dientes de los osos pueden hacer esta clase de heridas. Más bien parece causada por un arma terrible, manejada por un brazo hábil y vigoroso.

—Además, el oso le hubiera devorado, a lo menos en parte — observó un soldado.

—¿Se habrá suicidado? — insinuó otro.

—Tampoco esa suposición es admisible — repuso el centurión. — No es posible que uno mismo se infiera herida tan tremenda.

—¡Pero, calle! — exclamó el opción. — Aquí aparecen las huellas de un hombre, que no son, seguramente, de ningún legionario. El centinela ha sido asesinado. Mas, ¿quién ha sido el matador?

—Preciso es averiguarlo — replicó el centurión. — Tú, Marcio — añadió, dirigiéndose al mismo opción, — toma un caballo y ve a dar cuenta de lo ocurrido al ilustre Escipión. Nosotros, entretanto, seguiremos las huellas marcadas en la tierra del bosque.

Con tales indicios no le fué difícil al astuto centurión comprobar que un hombre, seguramente numantino, había ido hasta Lutia con el objeto indudable de conseguir socorros de gente de guerra o en vituallas.

Noticioso Escipión de lo que ocurría, ordenó a uno de los tribunos de su ejército, que, tomando la mitad de la legión de su mando, fuer-

te de seis mil combatientes, se presentase sin pérdida de momento ante la ciudad de Lutia, con amplios poderes para castigar a sus habitantes, si se persuadía de que proyectaban socorrer a los numantinos.

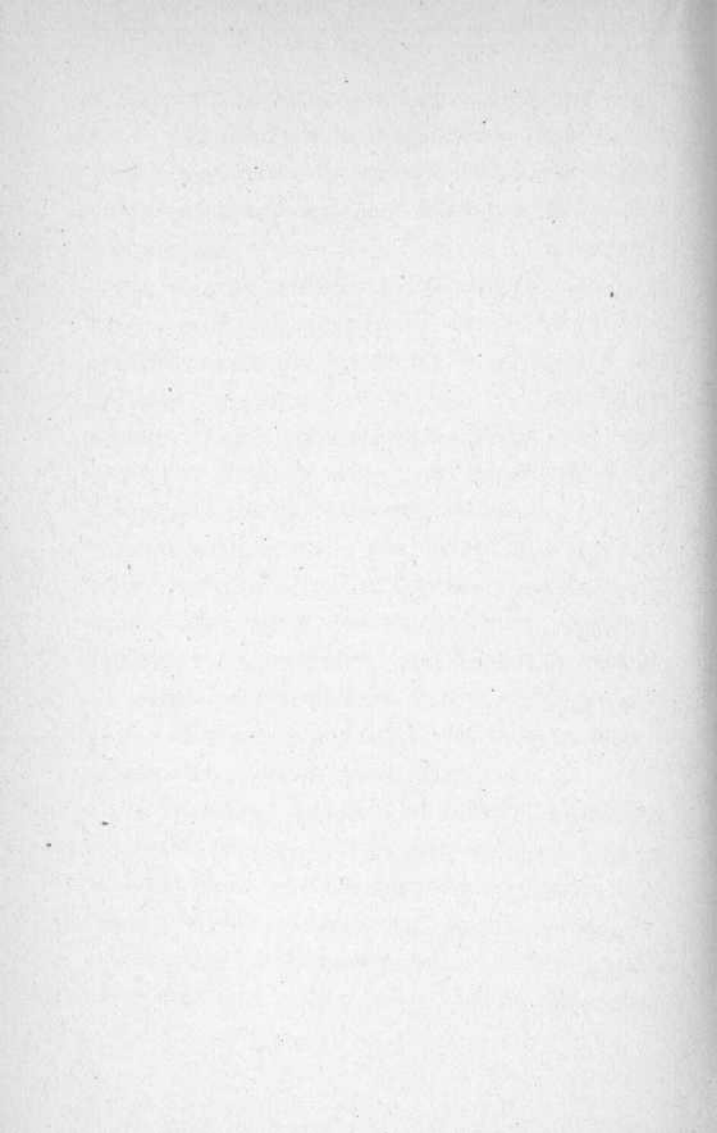
Rethógenes, entretanto, no había perdido el tiempo en Lutia, pues había logrado alistar una crecida hueste de cuatrocientos jóvenes y denodados guerreros, que habían de ponerse en marcha al día siguiente, custodiando un gran convoy de sacas de trigo y un rebaño de carneros que pasaba de cuatro mil cabezas.

El tribuno enviado por Escipión sorprendió a los ciudadanos de Lutia con las manos en la masa, como suele decirse, y hecho prisionero Rethógenes, que declaró con fiereza la verdad, los cuatrocientos jóvenes fueron condenados a perder la mano derecha, que les sería cortada a cercén por el hacha del verdugo.

La población de Lutia contempló, horrorizada, la horrible sentencia, que se ejecutó entre los sollozos y gritos de dolor de los padres, hermanos, esposas o amantes de las víctimas.

Cumplido el tremendo fallo, el tribuno declaró confiscados los víveres que se destinaban

a Numancia, y los hizo llevar al campamento, al cual fué conducido también Rethógenes, amarrado a la cola de un caballo, para que el propio Escipión decidiera el castigo que se le había de imponer.





XI

HECATOMBE GLORIOSA

Es indecible la zozobra y la ansiedad de que se hallaban poseídos los numantinos a los tres días de la salida de Rethógenes.

Conocido de todos los habitantes de la ciudad, en el gobierno de la cual ocupaba un cargo distinguido, extrañaba a los numantinos no verle en sitio alguno.

No parecía por las calles ni por la plaza, no concurría al templo, no figuraba en la asamblea permanente de los jefes.

El ánimo popular no tardó en manifestarse.

Unos aseguraban que había muerto de hambre, pues el azote se enseñoreaba cada vez más de la población.

Otros afirmaban que había tomado un veneno.

Algunos, los menos, sospechaban que se había ausentado, sin adivinar para qué sino para huir a una muerte por inanición.

En estas dudas angustiosas, uno de los ancianos del pueblo se atrevió a pedir a los jefes en la asamblea que declararan lo que supieran acerca de la repentina desaparición de Rethógenes.

Megara y Laitherón se vieron, pues, obligados a descubrir la escapatoria del joven guerrero, refiriendo los propósitos que le animaban y dando cuenta del procedimiento original que puso en práctica para salir de la ciudad sin infundir sospechas al enemigo.

Su relación fué acogida con grandes aplausos y bastó para calmar un tanto el espíritu público.

Extenuados por las privaciones, faltos del necesario sustento, abatidos por la desgracia, todavía abrigaban la esperanza de que, de un momento a otro, llegaría el suspirado adalid al frente de lucida hueste española, aventando hacia los cuatro puntos cardinales a las legiones romanas tenazmente empeñadas en el asedio y rendición de su patria adorada.

Jamás ciudad alguna ha sufrido un sitio tan

espantoso como el que afligió a la heroica Numancia.

Ni Tebas ni Troya pueden, en manera alguna, serles comparadas.

Y en tiempos menos antiguos, no hay ejemplo de un asedio semejante.

El de Jerusalén fué más corto ; el de Cartago menos cruento, el de Corinto menos feroz y empeñado.

Estaba reservado a esta gloriosa e inmortal ciudad reunir en el asedio de que fué víctima todos los horrores que la historia nos refiere de los más célebres sitios de las demás ciudades del mundo.

La absoluta falta de víveres obligó al pueblo a comerse hasta los perros y los gatos y devorar las ratas, después de haber consumido todos los caballos y bueyes que pudieron haber a mano.

Familias hubo que se vieron reducidas a masticar el cuero curtido ; esposos y hermanos se practicaban sangrías para aplacar el hambre, absorbiendo con avidéz la sangre caliente que fluía de sus venas. Madres hubo que la necesidad llevó al extremo horrible de comerse los tiernos cadáveres de sus propios hijos.

Los que morían a causa de las heridas, no re-

cibían otra sepultura que los estómagos de los sobrevivientes.

¡Y a pesar de tantos horrores, la ciudad no se rendía!

Arcia, la gentil doncella, ídolo de su venerable padre y de los amores imposibles de los dos apuestos guerreros, que por ella hubieran sacrificado mil vidas, estaba transida de dolor a la vista de tanto desastre, y sus ojos de dulcísimo mirar vagaban errantes dirigiéndose alternativamente del rostro de su padre al de sus infortunados adoradores.

—¡Hija mía y gloria de mi hogar! — le decía el viejo sacerdote, — la muerte que el porvenir te reserva, me llena de tristeza y de temor. ¿Qué sería de ti, Virgen pura de Numancia, si cayese la ciudad querida en poder de la soldadesca romana? ¡Tú, hermosa entre las hermosas, codiciada por tu belleza incomparable! No puedo pensar en los horrores que esta idea me hace presentir. Si llegase este caso, Megara, Laiterón, hijos míos, os ruego por los manes de vuestros antepasados, que no consintáis que mi Arcia ni yo vengamos a caer en poder de los romanos. Libradnos de ellos con las puntas de vuestras invictas espadas. La muerte recibida

de vuestra mano será para Arcia y para mí una felicidad sólo comparable a la inmensidad de la desgracia que sería para nosotros la esclavitud.

Los dos guerreros abrazaron estrechamente al anciano sacerdote.

Arcia oía las terribles palabras que salían de los labios de su padre, sin dejar traslucir el más leve temor, con semblante tranquilo, a pesar de la emoción que oprimía su pecho virginal. Únicamente un velo de lágrimas empañaba el brillo de sus ojos de fuego.

—Antes que consentir que los enemigos pongan su mano sacrílega sobre ti, Arcia querida — exclamó Megara, — mi amigo y yo sufriremos mil muertes, y sólo podrán ofenderte pasando por encima de nuestros cadáveres.

—No conseguirán, ¡viven los dioses!, tocar a un pelo de tus vestiduras, hermosa Virgen de Numancia — dijo Laitherón, — sin que antes despedacen nuestros pechos y arranquen nuestros brazos los implacables soldados de Roma.

—Arcia no necesitará, dentro de poco, del auxilio de vuestro brazo ni de los de su padre — murmuró la hermosísima doncella. — Previendo que se acerca el fin de la horrorosa tragedia, he buscado y adquirido un tósigo seguro que me he

tomado hace un instante al pie del ara sagrada. Cuando yo deje de existir, que será muy pronto, no arrojéis de vuestros pechos mi recuerdo; pensad que muero amándoos a todos, a ti, padre mío, a ti también, Megara de mi alma, y a ti, Laitherón de mi vida. Vosotros sois mis amigos, mis hermanos, mis amores y mis ilusiones. En las altas regiones del soberano Em-píreo nos reuniremos otra vez para no separarnos jamás.

—¡Mísero de mí! — exclamó Lautero. — ¿Para qué he de vivir si he de presenciar tu muerte, hija mía? ¡Dime dónde guardas el frasco de ese tósigo, para encontrar en su fondo la dulce muerte que ha de ser para mí el comienzo de una nueva existencia a tu lado!

—Padre mío — repuso Arcia, con la voz desfallecida ya por las angustias de la agonía, — piensa que tú te debes a la patria, así como estos jóvenes héroes. ¡Vivid para ella, vivid para llorar sobre la infortunada Virgen de Numancia!

Diciendo estas palabras, su mirada se hizo de pronto más brillante, deslumbradora, con destellos de inmensa felicidad, y abarcando con ella a su inconsolable padre y a los

infelices amantes, expiró dulcemente sobre la silla que ocupaba, como si durmiese en un apacible sueño de amor y de placer.

En el preciso momento en que la pobre Arcia exhalaba el último suspiro, presentóse en el aposento, donde ocurrió la desgarradora escena, el esperado Rethógenes.

—Lautero, Megara, Laitherón — dijo atropelladamente, — acabo de llegar del campamento de Escipión. Maldecidme, pues he fracasado en la empresa de libertar a Numancia. En Luttia los romanos sorprendieron los socorros que en hombres y víveres estaban preparados para nosotros...

—Calla, amigo Rethógenes — interrumpió sollozante el viejo Lautero. — La muerte acaba de tender su velo sobre la hija de mi alma.

—¡ Ah ! ¡ La Virgen de Numancia ha muerto ! ¡ El fin de la ciudad está cercano ! Escipión, ese hombre fatal, así me lo ha asegurado, y la desgracia que aquí acaba de ocurrir es...

—¡ Mensajero de desdichas ! — exclamó Megara con voz cavernosa. — Dices bien, hemos llegado al fin. ¿ Para qué prolongar más esta existencia sin objeto ? Sin Arcia, ¿ qué puede importarme la vida ?

Laitherón sólo podía manifestar sus sentimientos con las lágrimas acerbísimas que brotaban de sus ojos.

Rethógenes cogió por un brazo a cada uno de los dos trastornados amantes de la hija de Lautero, y los arrastró casi a viva fuerza hasta el Alcázar.

La multitud llenaba la gran plaza donde aquél se levantaba, exigiendo con actitud tumultuosa que les fuese mostrado el contenido de dos grandes cestos de mimbre sólidamente tapados y sujetos con repetidos nudos de cuerda.

Decían a grandes voces que era un presente que Escipión enviaba a Numancia por conducto de Rethógenes a quien había devuelto la libertad para que fuese portador del mismo.

Rethógenes confirmaba los clamores de la multitud, pero jurando que ignoraba el contenido de los cestos.

Tan raro el caso, que el pueblo vociferaba, impaciente por enterarse de la clase de regalo que enviaba a la ciudad el envanecido cónsul, a quien ya se consideraba como vencedor de Numancia.

—¡ Qué abran los cestos !

—Tal vez contienen golosinas.

—¡ Que los destapen !

—¡ Comestibles ! ¡ Víveres !

—¡ Tenemos hambre ! — clamaban algunos desdichados famélicos.

El anciano Cunio, padre de Laitherón, que era el único de los tres jefes del Senado numantino que se hallaba en medio del tumulto, dió la orden de que abriesen los canastos.

Al punto, cuatro guerreros pusieron manos a la obra, dos en cada uno, y en un instante quedó al descubierto el contenido.

¡ Horror de los horrores ! ¡ El presente consistía en un sangriento montón de manos de hombre cortadas a cercén !

Eran las manos nobilísimas de los jóvenes de Lutia sorprendidos por los legionarios de Escipión en el momento en que se disponían a partir en socorro de Numancia.

Doscientas manos contenía cada uno de los cestos.

Un pergamino, manchado de sangre, llevaba escritas en grandes y negros caracteres estas horribles palabras :

Auxilio de los lutias a Numancia. ¡ Salud !

El horror y la rabia de los numantinos, en

vista de un insulto semejante, llegó a su paroxismo.

Los propios Megara y Laitherón, presa de una exaltación patriótica inexpresable, rugiendo como tigres atacados en su antro y las espadas levantadas, excitaban al pueblo a incendiar la ciudad y precipitarse todos en las llamas.

En aquellos momentos, hasta el recuerdo de Arcia habíase borrado de sus memorias y de sus corazones.

A la voz de los jefes, todo el pueblo, loco de furor, como manada de desencadenadas bestias feroces, se dispersa en todas direcciones, y armándose de hachas, martillos y piquetas, destruyen sus propias viviendas, hacen astillas los muebles, amontonan todos los combustibles que hallan a mano y encienden mil hogueras cuyas llamas suben hasta las nubes.

El incendio se propaga a todos los edificios, y pronto toda la ciudad no es otra cosa que un mar de flamífero fuego.

Al resplandor siniestro de la inmensa pira, entre espesas y gigantescas volutas de negro humo que los reflejos del fuego tiñen de rutilante color de sangre, los amigos se degüellan entre sí, los esposos, llorando de dolor y de ra-

bia, sacrifican a sus mujeres ; las madres ahogan con furioso y apretado abrazo a sus tiernos infantes, los niños lloran, las mujeres gritan dando chillidos semejantes a agudísimos toques de clarines infernales ; los ancianos lanzan impotentes imprecaciones y los jóvenes, en clamoroso vocerío, rugen, maldicen, vomitan improprios contra los enemigos de la patria y dan vivas estentóreos a Numancia, a sus jefes y a sus sacerdotes.

El nombre odioso de Roma y de sus cónsules es repetido con execraciones por millares de voces, y en medio de la indescriptible escena de horror y de matanza se oye chirriar la sangre que cae sobre los carbones encendidos.

El ejército sitiador sale del recinto fortificado y contempla el trágico y horrible espectáculo.

Los soldados de Roma, presa de espanto, atónitos, abierta la boca por la admiración y erizados los cabellos por el terror, no aciertan a moverse, están como petrificados en presencia de tanto valor y de un patriotismo tan acendrado.

Setenta mil valientes, porque no es posible negar a los romanos esta cualidad, permanecen mudos e inmóviles espectadores del horrendo desastre, sin atreverse a contestar las mil im-

precaciones que la locura del patriotismo ultrajado arranca a los que mueren por la gloria de su país.

Dos días duró el incendio y la tragedia de Numancia que puso pavor en el ejército de Roma y en el ánimo generoso y valiente del mismo Escipión.

XII

«NUMANTIA FUIT»

Extinguidos los últimos resplandores del incendio y no teniendo un solo enemigo a quien combatir, Escipión ordenó la toma de posesión de lo conquistado.

Salió, en consecuencia, de su campamento, seguido de una brillante comitiva de tribunos y centuriones y escoltado por un pequeño cuerpo de ejército, en el que tenían representación todas las legiones de su mando, y se dirigió a Numancia.

¡Qué horrible espectáculo se ofreció a su vista!

Las antiguas fortificaciones habían quedado reducidas a un montón de ruinas, derruídas por

los mismos que detrás de ellas se guarecieron para combatir con denuedo jamás igualado a sus tenaces enemigos. Junto a aquellos muros, infinidad de cadáveres de hombres, mujeres y niños y ancianos, soldados y gente del pueblo, yacían medio calcinados.

En el interior de la ciudad, ofrecíase el mismo espantoso espectáculo: la desolación y la muerte en sus mil distintas formas.

Los edificios medio derruídos, las paredes demolidas, los techos hundidos.

Ni un solo ser viviente quedaba en la que fué ciudad de Numancia.

Escipión, por más que hizo registrar escrupulosamente las ruinas, no pudo encontrar ni un prisionero siquiera que pudiera dar testimonio del desastre y figurar en el cortejo de su entrada triunfal en Roma.

Muchos españoles de los que habitaban en las ciudades comarcanas acudieron a contemplar el horrible desastre, en presencia del cual no podían contener las lágrimas.

Los mismos romanos estaban hondamente conmovidos.

Escipión dió las órdenes oportunas de que se acabara de destruir las ruinas hasta dejar el

suelo como un campo yermo, y dispuso que se recogieran todos los cadáveres de los numantinos que se pudieran encontrar y fuesen incinerados, celebrándose en su honor suntuosas exequias con honores consulares.

En los jardines de Vulcano, a los pies del ara, destrozada a martillazos, yacía la estatua del dios tutelar y, junto a ella, el yerto cadáver de Lautero, seccionada la yugular por el filo de la hoz de oro que perteneció a su hija Arcia.

Dentro de la casa, medio derribado sobre una silla, yacía el cuerpo de la Virgen de Numancia, ostentando aún su belleza sin par, y tendidos a sus pies los cadáveres de Megara y Laitherón, rodeando con el brazo izquierdo el cuello del amigo y armadas todavía sus diestras con las espadas, tintas en sangre, de que se habían servido para quitarse mutuamente la vida.

La plaza del incendiado Alcázar estaba sembrada de cadáveres...

Cumpliendo las órdenes dadas por el cónsul, fueron recogidos respetuosamente los muertos, y lavados de las manchas de sangre que les cubrían, les envolvieron en blancos sudarios, transportaron, los de la gente vulgar en carros fúnebres, y en hombros de los soldados los ciuda-

danos más distinguidos, hasta la pira inmensa que se levantó entre la ciudad y los reales.

El ejército entero formó el cortejo, tocando con la punta de sus armas el suelo en señal de luto.

Escipión quiso presidir personalmente la fúnebre comitiva, y siguió a los cadáveres con la cabeza desnuda y sin armas.

Junto a la pira enorme se situó el ejército en correcta formación de orden de batalla, y en el momento que uno de los flámines (1) aplicaba la tea a los leños de la hoguera, Escipión, por un impulso de entusiasmo y de sincero dolor que no fué dueño de reprimir, quitándose de las sienes la corona de laurel, que como vencedor le correspondía, la arrojó a las llamas, adjudicando así tan alta distinción a los héroes en cuyo honor se celebraba la triste ceremonia.

Las cenizas de los muertos, recogidas en vasos funerarios y urnas preciosas, fueron repartidas entre las ciudades españolas, que las guardaron con veneración en sus templos.

Las legiones que constituían el ejército de Escipión, fueron destinadas a guarnecer distintas

(1) Sacerdote de los romanos.

ciudades, no sin haber antes demolido no sólo lo poco que restaba en pie de la ciudad, sino también el murallón y demás obras de defensa del campamento.

El sitio donde estuvo emplazada Numancia fué surcado por el arado en todos sentidos y sembrada de sal, práctica muy en uso en aquellos remotos tiempos.

Pero el recuerdo de Numancia subsiste y subsistirá glorioso, constituyendo una de las páginas más brillantes de los anales de la patria y un ejemplo único en la historia del mundo.



Terminada la guerra de Numancia que, como casi todas las que Roma sostuvo en las postrimerías de la República, fué una guerra inicua y desleal, Escipión regresó a la entonces capital del mundo, cumplida ya la misión que le había traído a España.

Recibido en Roma con los honores del triunfo, le fué concedido por el Senado el sobrenombre de *Numantino*, que pudo añadir a los que

anteriormente le concedieron por sus victoriosas campañas.

Sin embargo, la guerra de Numancia dejó poco satisfecho el orgullo militar del esclarecido cónsul.

Y a fe que no le faltaba razón para ello.

En efecto, Escipión se había trasladado al Africa para llevar a cumplimiento la famosa sentencia del Senado romano *delenda est Carthago* (1), pronunciada por Cenior Catón, y terminado en algunos meses su cometido, tomando por la fuerza de las armas la opulenta ciudad, metrópoli comercial del mundo entonces conocido, con una población de 600,000 habitantes y guarnecida por un ejército aguerrido y disciplinado a las órdenes de generales tan expertos como Aníbal, necesitó más de dos años para rendir la pujanza de la pequeña ciudad de Numancia, que no contaba más allá de veinticinco mil a treinta mil pobladores, y sólo un pequeño ejército de cuatro mil hombres, resto de los ocho mil que eran al principio de la guerra.

Para domeñar el orgullo de la ejemplar ciudad, hubo de emplear Escipión un ejército com-

(1) Cartago debe ser arrasada.

puesto de setenta mil hombres, con sus correspondientes máquinas de batir, sus escuadrones de caballería y más de treinta elefantes amaestrados, como si se tratase de una poderosa nación en guerra con Roma.

Y aun así, con tantos y tan poderosos elementos de combate, evitó constantemente entrar en batalla con los de Numancia y ni siquiera le pasó por las mientes intentar el asalto; y es notable que un general tan entendido, para establecer el asedio de la pequeña ciudad, sólo defendida por débiles muros de tierra y piedras, mandase construir una verdadera muralla que preservase a su ejército contra toda tentativa de ataque por parte de los sitiados, y redujese su táctica a imponer el bloqueo más riguroso esperando que el hambre cumplierse la obra que debían llevar a cabo las armas.

Y después de todo, ¿qué consiguió? ¡Posecionarse de un montón de ruinas, de un hacinaamiento de escombros, cenizas y cadáveres!

Cuenta la historia que, en cierta ocasión, terminadas las enconadas guerras entre Cartagineses y Romanos, reunidos en amigable conversación los dos ilustres generales Aníbal y Escipión, verdaderos genios uno y otro del arte de

guerrear, éste preguntó a aquél quién era o había sido, en su concepto, el general que merecía ocupar el primer lugar entre los más preclaros capitanes del mundo.

—El primer lugar — repuso Aníbal, — corresponde a Alejandro el Macedonio, apellidado el *Magno*, porque a la edad de veinte años, o poco más, con un puñado de valientes había conquistado los grandes imperios del Asia.

—Y el segundo puesto — interrogó Escipión — ¿a quién crees que debía adjudicarse?

—A Piro, rey de Tesalia — repuso sin vacilar el interpelado.

—¿Y el tercero, a quién lo reservas? — insistió Escipión, sin esperar a que Aníbal justificase su segunda afirmación.

—El tercer lugar — contestó éste con franqueza militar, — creo que me corresponde a mí.

Reprimiendo una sonrisa que le arrancaban las últimas palabras de su interlocutor, replicó Escipión :

—¿Cómo osas decir eso, habiendo sido vencido por mí en la guerra?

—De haber sido yo vencedor tuyo — respondió Aníbal — habríame colocado en el primer lugar.

Tal fué el hombre que tras de tantas y humillantes derrotas hubo de enviar la activa y omnipotente Roma para sojuzgar a una pequeña ciudad que asombró al mundo con sus heroicidades y escribió con su voluntaria y total destrucción la página más brillante de la historia.

¡ Gloria a Numancia !

FIN



NOVELAS HISTÓRICAS Y POPULARES

TOMOS PUBLICADOS

- | | |
|----------------------------|-------------------------|
| La Favorita. | El Conde de Luxemburgo. |
| Julieta y Romeo | Mesalina. |
| Abelardo y Eloisa. | Tosca. |
| Genoveva de Brabante. | Boccaccio. |
| Pablo y Virginia. | Cleopatra. |
| Hernán Cortés. | Carlomagno. |
| La Viuda Alegre. | Otelo |
| Doña Juanita. | Danton |
| Juana de Arco. | Nerón. |
| La Llave de los sueños. | María Antonieta. |
| La cocina de las familias. | Fajsto. |
| Madame Buterflay. | Carmen. |
| La Princesa del Dólar. | Marat. |
| Flor de un día. | Robinsón. |
| Espinas de una flor. | Manon Lescaut. |
| Margarita de Borgoña. | Lucrecia Borgia. |
| D. Juan de Serrallonga. | El Trovador. |
| Los Amantes de Teruel. | Rigoletto. |
| El Barbero de Sevilla. | Bohemia. |
| D. Francisco de Quevedo. | La Mascota. |
- Treinta años o la vida de un jugador.
El secretario de los amantes.
Juegos de manos y de baraja.
Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno.
Robespierre.
El Mercader de Venecia.
La Huérfana de Bruselas.
Guillermo Tell.
Ninón de Lenclos.
Popea.
Eva.
La Emperatriz Agripina
Garibaldi.
Salomé.
D. Pedro el Cruel.
Numancia.
La Corte del Faraón.

1891

1891

MULWANA AMOLTA

SS

860-9

PED

NUM